MATAR LA TIERRA

ALBERTO RODRIGUEZ h.

MATAR LA TIERRA

L A U T A R O

1ª Edición, 1952, Mendoza.

2ª Edición, EDITORIAL LAUTARO.

Portada Realizada por **Cicero Publicidad**

"... ¡Desde mi abismo te grito!
¡Piedad para este triste terrón,
tu terrón de tierra impía, tu barro ..."

EUGENE O'NEILL
"El Gran Dios Brown"

"...y varias décadas después, allá por el noventa, aquella villa de La Paz plantada treinta leguas al naciente de Mendoza, seguía siendo Corocorto para los hijos de la tierra..."

I

Lentamente se abrió una puerta en el corredor umbroso de madreselvas. Chancleteando su modorra apareció una muchacha rubia. El resplandor del fuego la encegueció. Y se quedó parpadeando unos instantes. Bajó luego al patio de tierra y se dirigió hacia el montón de sarmientos que se veían a un costado de la casa.

El sol mordía despiadado. Todo yacía postrado; inmóvil. Ni una brisa. La tierra recalentada despedía un vaho áspero, denso. Y con el aroma de los yuyos y las flores, saturaba el ambiente de un olor indefinido. Olor de siesta.

Bostezaban indolentes las chancletas largando bocanadas de polvo. Un perro que salió del jardín se echó a andar detrás. Y en el rincón donde había estado, quedaron las plantas aplastadas contra la tierra húmeda y caliente. Trotaban sus orejas gachas. Y su larga lengua iba devanando el hilo espeso y blanco de su fatiga.

Ni un ruido en la casa. Sólo de a ratos, los arabescos sonoros de una *pititorra* que buscaba arañas en las enredaderas del corredor. Pero de lejos, llegaba el pregón bullanguero de las chicharras y los pichones hambrientos. De entre las viñas. La melancolía de las tortolitas y las escandalosas protestas de una *ibiña* que zangoloteaba su borrachera en la rama de un álamo descarnado por los bichos de cesto.

El calor era insoportable. Sin detenerse, la muchacha se aflojó el pañuelo que le envolvía la cabeza. Porque era oscuro, seguramente. Y absorbía el sol. Sueltos sus cabellos se derramaron como una mancha de oro sabre la espalda negra del vestido.

No obstante la pesadez deprimente, el cuerpo esbelto se movía con gracia. Aún estaba a varios metros de los sarmientos amontonados junto al gallinero. Pero las aves que graznaban con el pico desmesuradamente abierto, y las alas, corrieron a su encuentro. Volaron, sedientas, atropellándose. Desplumaron su desesperación contra el alambrado. El tierral que se alzó, y las plumas envolvieron al perro. Pretendió olfatearlas y sus cosquillas se largaron a estornudar ruidosamente. Se calmó, por fin. Después de refregarse el hocico contra el suelo se calmó. Echó una ojeada acuosa en torno. Y apuró el trote para alcanzar a la muchacha que ya estaba junto a la parva.

Toda la juventud de Caridad resplandeció al sol cuando se agachó. Las blancas pantorrillas y los muslos duros firmes, resplandecieron. Tomó algunos sarmientos. Consiguió separarlos, y los puso a un lado, en el suelo. Volvió a agacharse. Esta vez le costó desenredarlos. Tuvo que tironear

más. La parva era muy grande, pesada. Tendría tres o cuatro metros de altura, y hacia los costados se desparramaba con mayor amplitud. Acumulaba las vástagos secos e hilachentos que le habían cortado a las viñas en la última poda. Durante el invierno. La misma Caridad había recorrido las hileras para recogerlos y despejar los surcos. También los había acarreado, llenándose las manos entumidas y los brazos de rasguños. Como ahora en que estaba tratando de juntar una brazada para llevar a la cocina. Le costaba más que nunca arrancar los sarmientos de esa madeja enorme. Y tenía apuro. De un momento a otro iban a llegar el padre y el hermano, sedientos, a reclamar el *yerbiao*. Y ella todavía no había prendido fuego. Con unos vástagos más le alcanzaba. Estaba tironeándolos con un rezongo entre dientes, cuando el metálico chistido desagradable la estremeció. Sonaba igual que un hierro al rojo sumergido en agua. Ahí, debajo, entre sus manos. Rápida la muchacha se enderezó. Con un palo hurgó los sarmientos y pronto estalló su sorpresa. ¡La miraban!... Mientras los chistidos arreciaban amenazantes, dos puntitos malignos la miraban fijamente desde la tierra. Rompió a ladrar el perro alarmado; se revolvía inquieto, pero no se acercaba. Y el pequeño monstruo parecía clavado en el suelo. Era una lagartija de cabeza enorme, espantosamente desproporcionada. Sus fauces musgosas se erguían agresivas inflando el pellejo flojo de la papada.

Seguía ladrando la alarma del perro. Repuesta del susto, Caridad azuzó el palo contra el reptil. Vivamente. Y sólo consiguió redoblar la chirriante irritación. Molesta por esa insolencia, la muchacha pensó en pegarle. De un solo golpe lo

aplastaría, sin duda. De un solo palo. Pero no alcanzó a levantarlo. El *matuasto* saltó. Secamente saltó y se le prendió de una mano; de un dedo de la mano. El dolor intensísimo le sacudió el cerebro a Caridad. Como si le estuviesen mordiendo el mismo fondo vital. Y tras el gemido, la exclamación airada. Pensó en pedir ayuda. Nadie hubiera podido oírla. Dolorida, temerosa, trató de arrancarse la tortura de esos dientes. Pero apenas rozó el blando cuerpo rugoso, regresó la mano, repulsivo el gesto. Comenzaba a vetearse oscuro el dedo. Y pese a la violenta desesperación con que la muchacha lo sacudía, el reptil horrible no soltaba. Los ojitos fríos de piedra seguían clavados en los ojos, enormemente abiertos y también verdes, aunque empañados, de Caridad.

Al principio el miedo había cedido al asombro y el dolor. Asombro de ver tal enconada resistencia en un bicho tan chico. Pero pasado el momento y ante los esfuerzos inútiles, un terror gradual fué poseyendo a la muchacha. Más aún, cuando esa puntada aguda le atravesó el brazo hasta el codo. Caridad se lo oprimió con mueca de sufrimiento. Y al retirar la mano, el grito angustioso le desgarró la garganta. Cárdenas y oscuras las vetas como rayones de tinta le atravesaban el dorso. Turbias. ¡Ese reptil era venenoso! En minutos se le había adormecido gran parte del brazo. ¡Era venenoso! Y las punzadas como relampagueos continuaban partiendo de entre esos colmillos puntudos. Más frecuentes cada vez. ¡Y los rayones turbios! ¡Y aquellas frías piedras verdes!... El grito de la muchacha, aquel primer alarido, se convirtió de pronto, en un clamor desgarrante.

—¡Padre!... ¡Padre!...

Y a las voces de las viñas se unió ahora la alarma de las gallinas y el gimoteo acongojado del perro que carrereaba hasta las viñas y volvía. Como pidiendo ayuda...

Descompuesto el rostro, Caridad corrió hacia los viñedos manoteando enloquecida. Ciego corrió ese clamor incesante por entre las hileras. Y las ramas y los pámpanos le cruzaban las carnes de ronchas, le chicoteaban la cara a ese ciego clamor enloquecido.

—¡Padre!... ¡Padre!...

A veces tropezaba y caía y volvía a levantarse con el *matuasto* colgado de la mano como un dedo monstruoso. Y cuando su pañuelo negro quedó hamacándose de la rama de un cerezo, las otras ramas le arrancaban las hebras rubias del pelo. Sin piedad.

Hubo, al fin, un tropezón definitivo y un jadeo que cayó de bruces...

La encontró por el perro que seguía ladrándole al *matuasto*. Habría pasado media hora; tal vez una. Aunque no tanto, porque la tremenda hinchazón amoratada no había llegado aún al sobaco. Pero aquellos ojos verdes inmóviles continuaban prendidos al dedo negro, tumefacto como morcilla.

Estaba cara al suelo. Justo la encontró. Y de un tacazo aplastó a ese repugnante pedazo de tierra con ojos. Hubo un crujido, un chirrido pegajoso, y las tripas y un humor amarillento y la sangre ennegrecida, chisguetearon por los reventones de la piel rugosa. El hombre cerró los ojos asqueado. Tuvo que escupir la saliva que se le agolpó. Alzó luego a la hija desvanecida. Y rápidamente se dirigió a la casa,

Aquel aplastón terroso siguió mirándolo fijamente...

Detrás casi, entró Juan de Dios. Sudoroso, agitado, venía con un azadón al hombro y los pantalones arremangados a media canilla. Ese día les había tocado regar. Desde la mañana había estado haciendo tapones y limpiando acequias y surcos para echar el agua por entre las viñas. Sus pies eran barro.

No sabía qué había pasado. Pero el cuerpo inanimado de su hermana sobre la cama y aquel brazo, aquella monstruosa mano cárdena de piel tan tirante que amenazaba reventar, lo impresionaron profundamente.

Ceñudo, grave, preocupado en sus preparativos, el padre no le dirigió la mirada. Terminó de retorcer el torniquete que había aplicado en la superior del brazo. Con la llama quemó luego la punta de la filosa cuchilla. Y fríamente, se aprestó a cortar aquellas carnes. Sin ninguna emoción.

—¿Qué va a hacer usted, padre?... —gritó casi el muchacho, agotado su aguante.

—¡Qué!... ¡No hay otro remedio!... ¡Ha sido un lagarto...

—¡Un lagarto!...

—...¡venenoso!...

—¿Dónde está?... —preguntó lleno de dudas.

—¡Ahí!... Por el peral viejo...

La contestación fué brusca, malhumorada. Y por la profunda incisión, saltó un chorro de sangre revuelta y espesa...

El hijo no alcanzó a ver. Había abandonado el cuarto a la gran carrera. Rumbo al peral viejo.

Regresó un segundo después, más agitado. Arrebatado el rostro, ahogado por la zozobra regresó.

—¡Un *matuasto!*... ¡Un *matuasto,* padre!...

Justo levantó los ojos de aquella herida que seguía sangrando. No dijo nada.

—¡Un *matuasto* padre!... —insistió— ¡La ponzoña es mortal!... ¡Hay que cortarle el brazo!...

Ahora el hombre reaccionó.

—¡También tú me vienes con esas estupideces!...

—¡Pero padre... al peón de don...

—¡Sí, ya sé!... ¡Todos esos son unos...

—...de don Emeterio le cortaron un...

—...salvajes!...

—...un dedo!... ¡Por eso se salvó!...

Los dos callaron al mismo tiempo. El brazo ya no sangraba. Un brote gomoso había taponado el ancho tajo. Y la mano yacía enterrada en una masa coagulada, revuelta. Pese a la sangría, la piel estaba tan tirante como antes. El trapo torniquete había desaparecido casi en la hendidura de las carnes negras.

Juan de Dios indagó ahora al padre con una mirada angustiosa.

—Yo no voy a descuartizar a mi hija... —replicó Justo, con perversa indiferencia. Pero el muchacho vislumbró miedo en aquella mirada dura que le rehuyó. Miedo. El mismo miedo que lo remeció luego a él, cuando notó que la pieza se estaba llenando de moscas. ¡Terror!... Una cantidad impresionante de moscas se había asentado sobre los

objetos y las paredes. Hasta el techo. Y la nube de zumbidos espesaba el aire, y seguía entrando...

Justo no lo había advertido. Pero él, sí. Juan de Dios, sí. Él sabía que cuando un cristiano se estaba muriendo, las moscas invadían su cuarto. Lo había oído decir. Y en ese momento entraban y entraban... ¡Las moscas iban al olor de la muerte!...

Desorbitado, incapaz de seguir conteniéndose ya, el muchacho gimió:

—¡Padre!... ¡Se muere!...

—¡Sí esa es la voluntad de... de esta tierra maldita!... —replicó sombrío. Y rechinando los dientes arrojó el cuchillo lejos. Puso el oído sobre el pecho diminuto y erguido. Aun latía. Pero en seguida se detuvo. Quedó rígido. En vano esperó Justo con la oreja pegada a la carne inmóvil. En vano.

El hijo miraba espantado.

Un instante después, el cadáver abrió la boca negra de tierra, llena de tierra mordida...

II

Las dos sombras iban y venían. Una detrás de otra. Pero en silencio.

Chirriaban las bisagras mohosas de los grillos. Las luciérnagas le pintaban lunares luminosos a la negra cara de la noche.

Y los dos hombres continuaron amontonando sarmientos y leña en el gran patio de la casa. Hasta muy tarde. De pronto uno dijo:

—Ya está bien... ¡Con esto alcanza!...

—¿Alcanza para qué?... —preguntó otra voz menos dura, menos firme.

—¿Aún no has podido imaginártelo?...

—Sí... ¡No! Usted no puede... ¡Eso no es cristiano, padre!...

Cierto era que a Juan de Dios no se le había ocurrido el porqué de la orden del padre. Le había dicho que acarreara leña. Más tarde había ido él a ayudarle. Y el muchacho se extrañó bastante. Todo el tiempo se estuvo acordando de la gran fogata que había hecho para San Pedro y San Pablo. Años antes. Al enterarse, el padre lo había tratado despectivamente de memo. Imaginándose sin duda que desistiría. Pero luego, ante su empeño, lo trató de imbécil, y se opuso

terminantemente a que armara la fogata. Descorazonado, Juan de Dios se atrevió a insistir aún. Tres días había estado trabajando con la hermana para hacer el muñeco de trapos viejos. No tenían petardos ni cohetes. Pero habían descubierto que el *quillo* explotaba con bastante fuerza. Y después de juntar una bolsada por las inmediaciones, rellenaron con ella la panza y la cabezota del monicaco. Lo sentaron luego en la vieja hamaca de mimbre de la Tata, abandonada como su recuerdo. Y ataron aquella al extremo de un largo palo que pensaban clavar en la tierra y rodearlo de leña hasta arriba.

Fué Alegría, la madre, quien consiguió que el padre accediera. De mala gana. Justo se acostó temprano para no ver nada. Ella tuvo que explicarle que las fogatas y los peleles aquí se quemaban para San Pedro y San Pablo. Tuvo que explicárselo por más que él ya lo sabía. Los había visto en *Corocorto*. Años antes. Entonces se había mostrado sorprendido de que esa no fuera la fiesta del santo de *Corocorto*. De San José. Justo los había visto arder en España, el día del Santo Patrono de su pueblo. Así lo comentó con el hijo que lo había acompañado, al dejarlo. El haría entre tanto la última diligencia. Juan de Dios comprendió que el padre se alejaba porque le molestaba mezclarse con esa gente. Por eso lo miró estupefacto cuando le permitió quedarse. Y allí vivió una hora maravillosa, extraviado en ese enjambre ruidoso de muchachitos mugrientos, descalzos, y de perros flacos. Una hora.

Al volver, tan bruscamente lo agarró para que lo siguiera, que le tiró el *camote* asado al suelo. El *camote* que le habían convidado. Y el padre se llevó a los tirones sus deseos.

Fué al año siguiente cuando se opuso a que hiciera la fogata en la casa. Por eso, Juan de Dios no había logrado comprender el empeño que ahora ponía en acumular leña. Ni por asomo se le ocurrió que eso tenía algo que ver con la hermana. Y reconoció que estaba bastante aturdido. De lo contrario podría haberse dado cuenta. Esa tarde sobre todo, cuando Justo no quiso que fuera a comprar un ataúd a *Corocorto*. Ni las cuatro velas. Juan de Dios pensó que era para que no se enteraran los vecinos. Toda la tarde había estado el cadáver de la hermana acostado en su cama, en su propia cama. Y todavía permanecía allí. Lo único que el padre había hecho era lavarle la boca mientras despotricaba contra la tierra. Como un endemoniado. Después se puso a comer ahí, indiferente, en la mesa contigua. El quiso imitarlo. Pero trasudado, verdoso, tuvo que disparar esforzándose por retardar los vómitos.

Después de todo eso Juan de Dios había venido a descubrir las intenciones del padre. Ahora las dos siluetas, pegadas casi, estaban junto al montón de leña. El muchacho terminaba de recriminarle a Justo su falta de piedad.

—Eso no es cristiano... —le había dicho—, ¡no es cristiano, padre!...

Pero lo estremeció el fulgor que despedían los ojos de éste, al espetarle:

—¡Yo me cago en Cristo, en María Santísima y en el Copón!... En todos... ¡en todos!... ¡No es cristiano!... —parodió mordaz—. ¿Fué cristiano lo que hizo con tu madre?... ¿con tu hermana?... y nosotros, ¿le importamos, acaso?

El pecho anhelante de aquel hombre, su puños crispados y la nariz dilatada, exhalaban furor. Pero sus ojos estaban trizados ahora. El hijo lo observaba indeciso.

—¡Padre, usted está... usted no está bien! —se atrevió a protestar. Y la única respuesta fué algo así como un gruñido.

Brillaban las estrellas en el cielo inmenso...

Fresca debía estar en el corazón y en la mente de aquellos hombres la muerte de Alegría. Muy fresca aún. Murió porque así lo quiso la tierra, según aseguraba Justo. Nunca opinó lo mismo Juan de Dios quien razonaba que la muerte de la madre había sido causada por el odio enconado que el padre sentía hacia la gente del lugar. En parte. Y por la mala suerte. Porque si en lugar de haber tomado él la travesía para cortar camino, hubiera ido nomás por la huella nueva, hubiese llegado antes a *Corocorto*. Pero el caballo se le aplastó en medio de los *guadales*. Se le aplastó. Y pese a su empeño y a los gritos y a los chicotazos que su desesperación le metió entre las verijas, sólo consiguió hacerlo seguir a paso de hombre. Ella ya había muerto. Cuando llegó a la casa del médico con el carricoche destartalado, su madre ya había muerto...

Murió sin que jamás le viera una sonrisa. Juan de Dios después pensaba, amargado, que su madre podría haber seguido viviendo. Al revisar aquel vientre tumido y violáceo, erizado de durezas, el médico dijo que había sido un mal impuesto. Impuesto en las tripas por alguien que le tenía rabia y había querido hacerle daño. ¡Un mal impuesto!... ¡Sí!...

El mismo médico lo aseguró ante la mirada recelosa del padre incrédulo. Alegría había andado dos semanas con fiebre. Y de repente tuvo aquellos vómitos sangrientos y los pinchazos en la espalda que la tiraron envarada en la cama. Justo sospechaba otra cosa, y lo mismo él. Pero al enterarse que había sido un mal impuesto tuvo la seguridad de que don Ifigenio la hubiera podido salvar. Vivía a una legua para el lado del Mirador. Y Juan de Dios sabía que había curado muchos casos como ese, con sólo haberle llevado algún trapo usado por el enfermo... Sin embargo, cuando se lo sugirió al padre, éste lo había mirado despreciativo y le dijo que se estaba haciendo bruto como los salvajes del lugar. Y agachando entonces su vergüenza, él salió a buscar al médico de *Corocorto*.

Así como Justo supo el motivo de la demora, se puso furibundo y afirmaba que era esa tierra execrable quien había matado a la mujer, quien se había opuesto a que Alegría siguiera viviendo. ¡La tierra!... Como se opuso también a que él llegara a Mendoza. Cinco años antes. Como se estaba oponiendo desde entonces a que fructificaran sus viñedos y sus frutales. ¡La tierra!... ¡la tierra!... Lo dijo por primera vez. Vociferante. Con un rencor incontenible. El hijo estaba seguro, sin embargo, que la tierra no tenía la culpa. Como podía ser culpable de que el río no trajera casi agua, ni lloviera al principio. Tampoco, de que el tercer verano, cuando la uva había cuajado y los duraznos y las ciruelas estaban del tamaño de un huevo de paloma, cayera aquella manga de piedra, aquel granizo rabioso que mordió los árboles y las viñas hasta dejar los muñones pelados. Como en pleno invier-

no. De tal forma los aporreó que quedaron postrados por dos años. Impotentes.

La tierra no podía tener la culpa. Como no la tuvo de que muriera la madre. Fué él quien quiso meterse por la travesía. Sólo él. La tierra no lo mandó; no le dijo nada. Él, en cambio, ya sabía que los *guadales* eran muy peligrosos. ¡Lo sabía!... Por eso le extrañaba que el padre se obstinara ahora en culpar de todo a la tierra.

El muchacho ignoraba lo de *Ayllá*. La maldición o la profecía del indio *Ayllá*. Unas palabras misteriosas, sibilinas, de las que su padre se rió a carcajadas y que sin embargo no habían dejado de preocuparlo todos esos años. Justo sufría cada vez que las recordaba. Aunque lo escondía. Y amenazaba y renegaba ante el estupor de la familia. Por eso, nada más que por eso, se negaba ahora a enterrar a la hija. No quería ver a la tierra enroscarse en su cuerpo y luego devorárselo lentamente. Silenciosa, implacable. Para quedar al fin indiferente como antes, enigmática como siempre; siempre igual: con esa mansedumbre desconcertante...

Justo también recordaba aquella siesta en que removiendo la tierra del albaricoquero, vió aparecer un *quirquincho* enorme, peludo. Y detrás, otro. Los sorprendió saliendo del mismo sitio en que estaba enterrada la mujer. Él no había querido que sus huesos se mezclaran con los detestados de los nativos, en el cementerio común. Y la enterró ahí, en el jardín. Y de ahí salieron. Del mismo montón de tierra levemente abovedada. Justo sabía que se alimentaban de cadáveres. Y algún tiempo después, al ver a unos nativos disputando por comerse unos *quirquinchos*, sintió tal asco que

intentó agredirlos. Y los llamó antropófagos inmundos. Desde entonces, su desprecio, su aborrecimiento hacia esa gente, eran inextinguibles. Hacia los hijos de la tierra. Siempre que se acordaba prorrumpía en imprecaciones. Y les hacía jurar a los hijos que no lo enterrarían; que lo quemarían; que aventarían las cenizas... Su verdadero temor, sin embargo, su pensamiento mortificante, era otro. Y en el fondo de su cuerpo, por sus venas, por lo profundo de su alma, se arrastraba la imagen de *Ayllá*, la incertidumbre, un negro presagio. Y temía que la tierra pudiera enroscarse en su cuerpo indefenso, devorárselo como a su mujer...

Toda la noche ardió el cadáver. Aquellas dos siluetas fueron y vinieron al resplandor fantástico, arrojando brazadas de leña en la hoguera. Toda la noche. En medio de las llamas el cuerpo de Caridad, rígido al principio, se animó en infinidad de macabras piruetas, de volteretas trágicas. Y ante los gestos y los ojos despavoridos de uno, y exaltados, casi triunfales del otro, el cadáver se retorció y se contrajo y se carbonizó al fin, hasta quedar deshecho. Muerto por segunda vez...

Pesarosas llegaron las voces de la noche.

Silbaba su melancolía un zorzal serrano, cuando se extinguían las últimas brasas. Y el viento fresco de la madrugada, se llevó los restos de aquel penetrante olor a madreselvas, retamas y carne quemada...

III

La muerte de la hija exacerbó el viejo rencor que Justo sentía por aquella tierra. Sin embargo parecía lo contrario. Ahora trabajaba sin tregua, incansable, con furia, como un maniático impaciente. En dos meses más debía cosechar. Y las viñas estaban repletas, agobiadas por los racimos que se habían dado espléndidos, con un vicio desganado. Lo único que le quedaba por hacer hasta entonces, era regar mucho, darle mucha agua. El sol se encargaría de ponerle color y sazonarlas. Ni siquiera era de temer la aparición de los chaparrones de granizo. Tan fuerte estaba el sol ese año, que disipó un par de tormentas que habían pretendido formarse. Sólo era de esperar que por ese brazo del *Tunuyán* siguieran bajando las nieves derretidas de la cordillera. Como hasta entonces. Pero así y todo, Justo podía regar una vez por semana. Cuando le dejaban agua las plantaciones que con posterioridad proliferaron en los alrededores, inspiradas por su propia audacia. Una vez por semana. No obstante se pasaba el día entre las viñas, como si su presencia fuera a apresurar el crecimiento de los frutos. El santo día con los pies enterrados en la tierra odiada. A veces ni bajaba a almorzar. Cortaba fruta y se conformaba con sentarse a comerla en el suelo. Apartado, a la sombra fresca de los parrales. Taciturno, se ponía a comer, fijos los ojos en la tierra.

Sentía un verdadero deleite al deshacer la tierna carne ocre de los duraznos priscos; luego, un sosiego íntimo. Como si aquel jugo dulcísimo le calmara la fiebre que lo achicharraba por dentro. Le gustaba roer largo rato los carozos. Le parecía que la carne pegada al hueso era la más sabrosa. No se le ocurría que esa carne, ese hueso, ese jugo, eran engendros de la misma tierra. De haberlo pensado, tal vez los hubiese escupido.

En oportunidades, Justo se sorprendía interpelándola. Lo que más le enfurecía era su silencio. Ese silencio manso y resignado de la tierra lo mortificaba. Y más de una discusión acalorada terminó de pronto, con el tacazo con que destrozó el terrón que había sido su interlocutor.

En realidad, él sentía odio por esa tierra solamente. A veces, al estrujar un puñado de la greda suave que bordeaba las acequias, Justo sintió la nostalgia de estar acariciando sus viejas tierras de Castilla. Pese a que la vida le había encallecido el corazón. Y sus recuerdos se perdían en la cordillera distante. . .

Su animosidad hacia esa tierra venía de aquel día en que se vió obligado a doblarse para trabajarla. Él dijo que era para arrancarle todo lo que ambicionaba, y después abandonarla. Pero pronto debió darse cuenta que su propio sustento, su alimento diario dependía de ella.

Acaso su odio datara de antes. Desde aquel otro día en que la carreta donde venían a los tumbos sus ilusiones, quedó charqueada en el fango pegajoso de la huella. Sus sueños, empantanados. Cerca de *Corocorto*. Las ruedas quejumbrosas y deformes, cubiertas de ataduras, no pudieron zafarse del

abrazó de la tierra india, y se quebraron. Y la carreta cayó de rodillas como implorando...

Allí estaba todavía. Nadie pudo ayudarlo. Los nativos eran pobres, miserables. Y en balde se desgañitaba maldiciendo su impotencia. Tres o cuatro meses después, sin embargo, cuando pasó la tropa de carretas, ya no quiso irse. Parecía que la tierra se le había prendido a él también de las piernas...

Vivieron unos meses, un año casi, en el rancho de *Ayllá*. Una tapera hedionda plagada de pulgas y *vinchucas*. Y con el mismo empeño de un alucinado o de un visionario, Justo se dedicó a trabajar el suelo. Estaba resuelto a convertirlo en esclavo de sus ambiciones. A someterlo. Suelo arisco y bravo que sólo conocía el machacón de las patas de las caballadas indígenas cuyas cicatrices aún mostraba. Tierraríspida erizada de espinas y matas donde pululaban los bichos dañinos; fragosa, pero dócilmente recostada sobre el brazo viejo del *Tunuyán*.

Y quemó. Justo quemó los garabatales de *jarillas, sampas, piquillines;* y los carrizales de la costa. Quemó todo. Perseguido por aquellos sollozos. Arrasó esa tierra ante la sorpresa pavorosa de reptiles y sabandijas que huían de la quemazón hacia el río. Tenía apuro. Y atropelló los montones de ceniza, la humareda, los tizones crepitantes sin esperar que se apagaran. Y hacha al hombro se metió en ese infierno, chorreando agua, empapado, para protegerse.

Perdido en la densa vaguedad, deshidratándose en lágrimas, apenas si divisaba los negros troncos carbonizados. Pero los sollozos seguían llegando. Y con los ojos fruncidos

Justo descargaba los golpes. Hachaba con rabia, tosiendo, sañoso, hasta que oía el quejido lastimero. Y los viejos algarrobos se desplomaban humeantes todavía. Y los caldenes. Y detrás del humo, fuera de la hoguera, los sollozos del viejo araucano parecían bramidos...

Arrancó después los troncos y los raigones de *jumes* y *alpatacos* que se agarraban a la tierra como a las polleras de una madre. Desesperadamente. Y después inundó. Embancó el río volcando el agua sobre los campos para lavar los manchones de salitre blanco. Y mientras chapaleaba insultando a esa inmunda tierra sarnosa, la sangró. Sangró las lonjas junto al río, abriéndoles profundos tajos por donde drenaba turbio y espeso el salitre negro.

El indio ya no lloraba...

Y Justo todavía rajó, hurgó, descuajó las entrañas húmedas y doloridas, ayudado por los bueyes de su carreta. Y al sentir la punta aguda del arado de palo, la tierra martirizada se retorcía como una hembra, y su aliento era el mismo...

Extraviado en su desenfreno, a veces lo asaltaban raras ideas. Pensaba en la vitalidad de la tierra; en el aguante monstruoso de esa masa viva y palpitante. Porque él creía que la tierra debía sufrir; mucho debía sufrir cuando la mutilaba. Estaba seguro, casi. Y se asombraba de que pudiera seguir viva después de tan tremendas torturas; y que pudiera parir y alimentar; que fuera capaz de seguir pariendo por siglos. Justo reconocía que la tierra era más curtida que él, que sus bueyes, que los árboles... Mucho más sufrida. Y se preguntaba entonces si la tierra envejecía. Si moriría la tierra...

Por fin, en aquellos dos meses del invierno terrible, plantó los barbados. Crujía la escarcha del suelo bajo sus zapatos. Ni el sol de mediodía lograba derretir la gruesa costra blanca. Pero Justo, chapoteando el barro helado, entumecidas las manos por el frío, seguía enterrando los vástagos. Y aquellas cepas arrebatadas a su añoso terruño de Castilla, fueron a clavarse en las entrañas de la tierra india recién desflorada.

Pasaron dos años más de privaciones y sufrimientos. Sufrimientos corporales y del alma, aunque ya no vivían con el indio... La mujer, el hijo, la hija, todos habían tenido que doblar las espaldas porque los nativos no quisieron ayudarle a Justo. Le mostraban tanta hostilidad como él a ellos. Con la mujer y los hijos tuvo pues que atender la tierra. Y engendrada y hambrienta ésta pedía; seguía pidiendo ávidamente. Hubo momentos en que agotado, quiso negarse a continuar sirviéndola. Harto. Pero entonces veía que la tierra sedienta se apoderaba del agua de las cepas, les succionaba la savia. Las mataba lentamente...

—¡Tierra egoísta y maldita! —clamaba, amenazándola—. ¡Maldita!...

Pero volvía a agacharse humillándose. Y una rabia, un despecho muy grande lo mordía por dentro, al darse cuenta que se estaba convirtiendo en esclavo de la tierra. Él, que había pensado en explotarla para conseguir sus ambiciones, él, se estaba embruteciendo por servirla.

Justo se negaba a reconocer que desde antes, desde toda la vida, ya había sido esclavo de la tierra; de otra tierra. Pese a haberla pisoteado y escupido. No podía convencerse que el hombre, que todos los hombres estaban agarrados

por la tierra, como ahora él por ésa. Y que al fin, a los años, después de tantas luchas y fracasos, de tanta maldad y egoísmos e ilusiones, todos volvían a la tierra. Vagabundos, triunfadores, renegados, héroes... Todos doblaban al fin la cabeza y caían de rodillas como su carreta...

El viejo *Ayllá* había tenido razón. Pero él se obstinaba, seguía obstinándose en negársela, aún después de la forma en que murio.

Cuando aquel día él, Justo, le dijo que esa tiera apestada y estéril en que estaba parado iba a ser su esclava, como habían sido siempre sus hijos, los hijos de la tierra, el viejo *Ayllá* lo escrutó en silencio. Fijos sus ojos opacos. Y ladeando la cabeza soberbia hacia donde le faltaba la oreja le dijo, lentamente, que el indio nunca había sido esclavo del *huinca* ni tampoco su tierra. Le dijo como en un susurro que el indio ya era esclavo antes que ellos vinieran. Que lo que consiguieron con sus crueldades y malos tratos, fué liberarlo. Los cristianos liberaron al indio. Porque el único medio de escapar a la esclavitud de la tierra, era la muerte...

Según *Ayllá,* entonces, los araucanos, los pampas, los ranqueles, pelearon por su esclavitud. Pelearon tantas lunas, tantas generaciones, por continuar bajo el viejo yugo. Sus sangrientos malones, su rebeldía salvaje, su desprecio hacia la vida, habrían sido sólo tentativas desesperadas por defender aquella antigua tiranía. Angustiosos esfuerzos. Y al final, cuando borrachos de sangre regresaban arreando sus polvorientos rebaños de hombres y bestias, volvían sumisamente a su esclavitud, volvían al fondo de su tierra a rendirle vasallaje, a

ofrendarle la victoria. A esa tierra que los encadenó hasta el fin de la raza...

Ayllá aseguraba que el cristiano también fué esclavo de las tierras de América, sólo que él las menospreciaba, y el indio las idolatró...

Pese a las injurias, a los denuestos que había proferido en aquellos momentos, Justo se sabía atrapado por esas tierras extrañas. ¡Atrapado él!... Él, que sólo había pensado en explotarlas, arrancarles riquezas para poder volver poderoso y triunfador a su patria, para poder vivir halagado, admirado en sus tierras de Castilla. ¿Y después?... Después..., después..., morir, en sus viejas tierras de Castilla...

IV

Dos horas largas debía hacer ya que aguardaba a Cuncuna. Calculaba dos horas porque cuando llegó, el sol le pegaba de frente en los ojos, y ahora estaba pisando su propia sombra. Parado junto a la tapia del fondo de la viña, el muchacho desafiaba despreocupado la furia de ese sol de enero que parecía querer derretir el suelo.

Con los vapores de la tierra húmeda, se alzaba la fragancia de los hinojos silvestres y el *toronjil* y la *yerba mota* que orillaban la acequia. Y ese vaho aromático como sahumerio, lo adormecía dulcemente.

Sonaban amodorradas las chicharras. Y uno que otro trino entre los árboles como bostezos de pájaros.

Nerviosa, haciéndose pantalla con las manos, Juan de Dios avizoraba incesante la huella. Más que huella, una vieja rastrillada honda que venía del sur, cavada por el trajinar de las caballadas ranqueles.

Habitualmente a esa hora ya había pasado Cuncuna. Lo venía haciendo de tiempo atrás. Pero él la esperaba desde hacía poco. Muy poco. Desde que por fin se animó a saber qué era lo que aquella chinita y el viejo aindiado y potoco llevaban en esas bolsas de *totora*. Lo averiguó por curiosidad. Ya que hasta aquel momento no se había fijado en los ojos renegros de esos andrajos. Más le había llamado la atención,

lo había divertido casi, la figura estrafalaria de los perros. Siempre había tenido la certeza de que en cualquier momento sus huesos iban a conseguir agujerearles el pellejo desteñido y sarnoso. Profundamente lo afectó en cambio la cara como tallada en palo del viejo, bajo cuya corteza pugnaban, se agolpaban el sufrimiento, la desesperanza, la resignación. A veces sospechó que no andaba muy sobrio. Aunque siempre caminaba penosamente. Él solía espiarlos desde las viñas. Pasaban pachorrientos, agobiados, la mirada perdida en la inmensidad del desierto. Después, los seguía con la vista. Y asomándose, largo rato permanecía contemplando las marcas de los pies desnudos sobre la arena.

Aquella mañana los esperó afirmado en la tapia. Les esperaba desde que divisó la nube de tierra por el sur. La chinita lo saludó con un tímido gesto. El viejo *Nahueiquintún*, doblado en una ceremoniosa reverencia cómica. Y después que tornó a ponerse la sucia gorra militar sobre la *vincha* que doblegaba sus crines, él, Juan de Dios, le preguntó. Y para contestarle volvió a descubrirse con torpeza. Su voz era una larga queja cansina.

Dormitaban entre tanto los perros en la arena.

—Alleguesé pues m'hijita. . . ¡Vaia alcancelé uno al mozo! . . . —más bien rogó el viejo.

Recién entonces Juan de Dios vió los ojos de Cuncuna, semiocultos por el trapo descolorido que le cubría la cabeza. Unos ojos mansos, negros como tizne. Asombrados. Y cuando luego de revisar aquel pan terroso y hediondo le preguntó cómo se comía, por saber si había que cocinarlo, ella se sonrió. Rió mostrando los dientes blancos y parejos de

granos de choclo. Y sacando otro *patay* de la bolsita de *totora*:

—¡Y... así, siñor!... —le indicó, mientras masticaba un pedazo.

A pesar de su turbación, alcanzó a verle por la rajadura de la tela ruin, la carne agresiva y morena del pecho. Y un sentimiento nuevo, algo así como una angustia agradable le sacudió el cuerpo, y la sangre se le encendió en la cara. El viejo indio debió haberlo notado. Pero ni un gesto alteró su rostro. Los dedos igual que jarillas hachadas seguían estrujando la gorra hilachenta. Recuerdo de quién sabe qué malón...

En realidad Juan de Dios estaba impaciente. Cuncuna era su primer amor. Es decir, su primer amor en América. Porque aún solía recordarse a menudo de María Begonia. Una niña rubia con quien siempre se veía en la casa del profesor de idiomas, en la calle de la Cava. Seis, siete años hacía, puesto que cuando abandonaron precipitadamente el pueblo, él acababa de cumplir trece.

Desde la lejana tarde de noviembre en que lo sentaron a empujones en el coche, Juan de Dios nunca más se sintió feliz. Bañado en lágrimas, con los puños repletos de pelos, de los pelos de su Lobo, lo sentaron. Todavía se le anudaba la garganta al evocar, como a través de la ventanilla trasera del coche, aunque ya no de rodillas, la callecita dormilona y mansa de su barrio. La veía quedarse tirada, sepultada por el polvo que mordían las ruedas, de la misma forma en que quedó su perro. Sólo que la calle no ladraba, no gañía. Ni él la lloró como al Lobo, cuando quedó ago-

tado, larga la lengua y los ojos vidriosos. En aquel momento, Juan de Dios sintió que algo se le quebraba en el pecho. Y su llanto se alzó desesperanzado y conmovedor. Pero el único consuelo que recibió fué un revés. El mismo de todos los días hasta ahora. Golpes en las miradas y las palabras, en las blasfemias del padre, en los gritos histéricos de la madre.

El viaje terrible duró casi dos años. Interminable panorama de caras extrañas, adultas; de caras tristes. Dos años sin poder apartarse de aquellos misteriosos arcones con dobles cerrojos. Charlando con ellos. Durmiendo con ellos. Aborreciéndolos al fin. Para llegar a descubrir con tremendo desencanto que venían llenos de sarmientos, abarrotados de mugrones cubiertos de tierra arenosa. Juan de Dios no pudo explicarse cómo llegaron verdes y brotados. Y menos aún, por qué el padre se había indignado tanto cuando los de la Aduana le preguntaron si era inmigrante. Ahora, no podía entender el odio que su padre sentía por esa tierra. No podía entenderlo, después de haberse quebrado las espaldas y despellejado los manos junto a él.

Extraviado en sus recuerdos, no advirtió que venía Cuncuna hasta que la tuvo casi al lado. Venía con los perros. Del brazo, la bolsa de *totora*. El muchacho supuso que algo raro le pasaba.

—¿Y tu padre? —preguntó alarmado.

—¿Ah? . . . Aiá se quedó, pué . . .

—¡Qué! . . . ¿Está enfermo? . . .

—No . . . Se agarró una tranca con *chicha* . . . anoche... n'el velorio el ahijadito . . .

Y Cuncuna comentó además que ni con té de ceniza lo habían podido levantar. Se había detenido junto a la tapia, apoyando encima la bolsa con *patay*. Juan de Dios apenas se rió de su desparpajo. No comprendía por qué estaba exaltado y le latía tan rápido el corazón. Siempre solía cortar fruta para retribuirles el *patay* que le dejaban. Se las alcanzaba por encima del tapial, sin hacerlos entrar. Pero ahora, con voz temblorosa, la invitó a pasar, un rato, para que descansara a la sombra. El sol rajaba la tierra. Y él se admiraba de que la muchacha pudiera andar descalza por el suelo ardiente sin quemarse. Sufría al verla. Y tartamudeando le dijo que por eso la invitaba a sentarse al reparito. Por otra parte, tenía necesidad de charlar con alguien; de oír a alguien. Desde la muerte de Caridad casi no lo veía al padre. Ni siquiera para comer. En ese momento sin duda, debía estar devorándose el pan que quedaba del último amasijo horneado por la hermana. Y también el resto del jamón; y los chorizos que había en la fiambrera. Él no sabía que iban a comer después que se terminara eso. El padre no quería sierva nativa en la casa. Ninguna. Y por los alrededores no debía haber un solo extranjero, en leguas a la redonda. Y mucho menos que quisiera conchabarse.

Se indignó al enterarse que Cuncuna tenía que ir sola hasta *Corocorto*. Cinco, diez leguas más, a pie. De vuelta la iba a pillar la noche en la travesía. Y andaban muchos *cimarrones*. Ese era el motivo de su prisa. Bien podía sin embargo detenerse unos minutos. El sol estaba alto y muy fuerte todavía. Y mientras la rogaba, el muchacho le amasaba apasionadamente los brazos. Accedió. Cuncuna accedió. Qui-

so ayudarla a trasponer la tapia, pero ella ya se encontraba a su lado.

Después de cortar duraznos, peras y ciruelas se sentaron a devorarlas sobre un surco. La muchacha no quería separarse de su bolsa y la había colocado junto a ella.

—¿Por qué te llaman Cuncuna?...

—¡Ah!... Porque diz'el tata que de recién parida me parecía'los gusanos de loj'alfalfare de la Villa Nueva.

—¡Por eso!...

—Ajá...

Se había ido arrimando y ahora estaba casi pegado a ella. Tímido, le rozó una mano. Era áspera como... Era muy áspera. Sus pies anchos, del mismo color del suelo, revolvían con placer la tierra arenosa del surco. A Cuncuna le gustaba sentir el contacto de esa arena fresca, y tomando puñados comenzó a dejarlos deslizar por la rodilla desnuda. Juan de Dios se puso a ayudarle. Ella reía gozosa. Y sus pechos turgentes golpeaban la tela ordinaria de su vestido sin formas.

La sombra de las viñas y los árboles empezaba a reclinarse hacia el naciente. A su amparo, la muchacha se quitó el trapo que le protegía la cabeza. Y el cabello renegrido y tirante le cayó en dos gruesas *chapecas* por la espalda. Su rostro, hasta entonces achatado, sombrío, adquirió así, de pronto, una belleza milagrosa para Juan de Dios. Y éste no se cansaba de mirarle los ojos enormes, sesgados por la prominencia de los pómulos.

Sin percatarse de aquella ardiente mirada, Cuncuna seguía riéndose y sus pechos batiendo el vestido. Algo debió picarle precisamente allí, en ese momento, porque metién-

dose bruscamente las manos, comenzó a rascarse con desesperación. El roce de sus uñas sobre la piel, sobre ese pedazo de piel, le repercutió a Juan de Dios más abajo del vientre. Le aceleró el corazón.

—¡La pillé!... ¡Mírela!... —exclamó de improviso. Su tono era triunfal. Y con destreza asombrosa aplastó entre las uñas de los pulgares algo que luego mostró alegre al muchacho. El chasquido característico, y esa pequeña mancha con patas sobre la uña negra, lo golpearon ahora exactamente más arriba del vientre a Juan de Dios. Se le inundó la boca de saliva. Y su garganta contraída crujió sordamente al pretender tragar.

Cuncuna lo urgió en seguida que le siguiera echando arena sobre las piernas. Se había recogido un poco más la pollera. Y a él le parecía que aquellos muslos morenos estaban amasados con greda por lo suaves. Un momento después, ya no podía tolerar casi, el roce del pantalón. En vano intentaba aplacar la tensión dismuladamente. Ella le arrancó la otra mano del bolsillo repitiéndole que le aplanara la arena sobre las piernas. Y Juan de Dios muy pálido, fatigosa la respiración sentía que hasta el mismo vientre se le estaba hinchando. Con su imaginación excitada estrujaba aquellos duros pechos insolentes. Y esa risa de Cuncuna... su cabeza mórbidamente recostada sobre el fino cuello... sus carnes palpitantes bajo la arena caliente... sus pechos...

—¡Me voy!... —dijo de repente la muchacha poniéndose de pie.

Sobre los pensamientos ardientes de Juan de Dios cayó frío. Quedó atontado un instante.

—¡Quedate otro poquito!... ¡Es temprano todavía!... —suplicó al cabo.

—¡Va!... ¿paqué, pué...? Iá comí y resoié... Hora tengo que iegar a *Corocorto*. ¡Me voy!...

Y mientras se sacudía comenzó a caminar hacia la tapia.

—¡Otro poquito!... —plañía él detrás apretándole los brazos. La sangre volvía a quemarle la frente.

Cuncuna no entendía qué necesidad tenía de permanecer allí. Se había refrescado, apagado su sed con frutas. Ahora tenía que apurarse para volver a *Corocorto* antes que la noche la sorprendiera en medio del campo. Había muchos *cimarrones!*... Y continuó andando en dirección a la huella del sur. Aquel ruego la seguía. Le quemaba la nuca. Y a él le tiritaban las rodillas, y nítido sentía el golpe de la sangre sobre las sienes...

El fuego desbordó de su cauce. A Juan de Dios se le nublaron los ojos, y con un ronquido se abalanzó sobre la carne. Un momento después rodaban abrazados.

Se asustó al principio. Cuncuna se asustó. Pero en cuanto advirtió las intenciones del muchacho no se resistió. Su cuerpo despedía un penetrante olor de algarrobas...

Casi no se dió cuenta del momento en que Juan de Dios cayó en éxtasis. Se percató luego, porque él se abandonó completamente, igual que un muerto, sofocándola con su peso. Y apenas abrió los ojos esquivo, avergonzado, ella lo observó sonriente:

—¡Pero usté ni chista siquiera!... ¡El tata siempre grita y se tira cuescos y diz que se va' a morir!... ¡Nojotro los

asustamo muy mucho al principio!... pero iá no le hacimo caso...

Juan de Dios mudó de rostro. Estupefacto, medio se incorporó apuntalando su incredulidad en un codo.

Cuncuna era dichosa. Y dándose chirlos en el vientre desnudo, seguía hablando. Hablaba por todas las veces que se habían visto.

—Los de aiá van a crér qu'a sio el tata... ¡Como le pasó a mi hermana, la Chichoca!... ¡Y el pícaro del Inginio se hacía bien el mosquita muerta!...

—¡Inginio!... ¿Quién es el Inginio?... —balbuceó el horror de Juan de Dios.

—¡Y... mi hermano pué!... el más grande...

En ese momento la muchacha comenzó a hurguetearse las nalgas. Intrigada se miró luego las manos. Y mientras las olía su risa fué encogiéndose gradualmente hasta trocarse en mueca de llanto. Un llanto desgarrador.

Apurado, Juan de Dios terminó de sentarse. No comprendía. No sabía qué hacer. Qué decirle. Se consideraba culpable. Y el dolor de aquella chinita miserable lo conmovía muy hondo. En vano trataba de consolarla, de acariciarla. En vano. Aquel llanto apoyado en sus piernas seguía haciendo pocitos en la arena...

En realidad, él nunca le había dicho nada antes. No se había animado. No se decidía. Ahora, convencido de lo inútil, de lo absurdo y estúpido de sus palabras, decidió afrontar su culpa.

—Bueno... ¡no llores más!... Mañana iré a verlo a tu tata... ¡Nos vamos a casar en seguida!...

El llanto cesó de golpe. Y endilgándole los ojos cuajados de lágrimas, Cuncuna replicó:

—¡Y a mí qué m'importa!... ¡Lo que ió quero es saber qué le vi'a decir al tata lo que no vendí el *patay!*...

Desairado por el desprecio, Juan de Dios le hizo notar que todavía tenía tiempo de ir a *Corocorto.*

—¿Y a vender qué...? ¿No vé que loj'imo aplastau todos, ah?

Y poniéndose de pie, con las polleras recogidas hasta la cintura, le mostró las nalgas pegoteadas con trozos de *patay* y arena. El hueco dejado por sus sentaderas en el suelo, estaba tapizado con la masa de la algarroba molida.

Lentamente, gacha la cabeza, se alejó Cuncuna por la huella polvorienta. Los perros le lamían los talones chorreados...

"... ¿*Qué buscas, araucano?*
¿Qué llora tu trutruca de gutural sonido...?

JUAN NEGRO

V

Amanece en *Las Vizcacheras.*

Hace ya un buen rato que Cuncuna se ha marchado. Después del vano intento de levantar al padre, todo ha vuelto al silencio en el rancho. Hasta la encorvada figura flaca como garra de la Silveria Sosa. Acurrucada al rescoldo del fueguito moribundo, parece un santo de palo de *alpataco,* junto a la entrada del rancho. Por esa boca oscura se escapa la vaharada espesa y pestilente del aire trasnochado: aire cargado de toses, vómitos alcohólicos y calor de cuerpos sucios.

Hace fresco. Un perro cadavérico tirita a los pies de la Silveria. Las primeras claridades rojizas del horizonte anticipan otra jornada de fuego. Pero hace fresco. Hora lánguida. *Las Vizcacheras* parece un mundo muerto. Silencio. Apenas el chachareo de los roedores en la costa vecina del río seco. Ni una hoja se mueve en los *chañarales* cercanos.

La silueta inmóvil de un caballo se sostiene penosamente en las patas.

Siempre en cuclillas, la Silveria Sosa recoge las leñitas desparramadas al alcance de su mano. Las echa en el fuego casi extinto. Y sopla. Largamente sopla. El aire inútil silba entre sus labios pegajosos de saliva amarga. Agitada, ahogada por el humo, refunfuña al fin:

—Bienhaiga con mi suerte... ¡Tendré nomás que juntar otra leñita!...

Como si hubiera entendido el perro se incorpora agitando la cola. Y se apresta a seguirla. Transcurre un rato. Y al ver que la Silveria no se mueve, vuelve a echarse.

El sol logra rebasar el Cerro de la Punta y comienza a derramarse por los inmensos secadales tristes. Balan unas cabras quejumbrosas entre el monte. Persiste el silencio inmóvil. De pronto, grandes gritos estallan en el interior del rancho, estremeciendo a la mujer y al perro:

—¡Silveria... Chei Silveria!...

Insisten los gritos. La Silveria Sosa protesta con su voz ajada:

—Jesús con el hombre'ste... iá se despertó a los grito iá...

Y agrega algunas palabras más, borrosas, incomprensibles. Y el perro vuelve a meter el hocico entre las patas. Un momento después, asoma por el vano negro, la cabeza chascona de *Nahueiquintún*. El sol le golpea los ojos. Y tarda unos instantes en ubicar a la mujer, ahí, a sus pies.

—¡Che Silveria... asomate' *aguaitar* la *remesa!*...

—Pú... dejate' sonsiar... —protesta quejosa la mujer sin moverse.

—Silveria Sosa... ¿Qué no me oyís?... ¡La *remesa!*...

—La mujer gira ahora la cabeza como lechuza.

—Bienhaiga hombre... ¿Qué *remesa?*...

—La del Gobierno pué!... ¿No sabís que anoche me salió al cruce un *pichiego?*...

La Silveria se santiguó precipitadamente y volvió a preguntar desconfiada:

—*¿Pichiciego?* .

—¡Claro pué!...

El gesto de sufrimiento de la mujer desapareció. Pasó un brillo fugar por el fondo de sus ojos turbios. Pero su sonrisa fué sólo una mueca penosa, cuando exclamó con júbilo:

—¡Un *pichiego!*... ¡Ánima bendita!... ¡Iá mismito vi'a juntar leña!... hay que tener un buen rescoldo pal asau...

Largo rato transcurre hasta que se levanta con gesto doloroso. Gemebunda se frota las flacas piernas envaradas por la larga postura. Y lentamente renguea hacia el monte de jarilla.

Nahueiquintún termina de salir del rancho. Los burdos pantalones mugrientos muestran haber compartido su sueño agitado. La camiseta inmunda, sus vómitos. *Nahueiquintún* se acuclilla junto a las cenizas y comienza a soplar los últimos tizones humeantes.

El sol llega ahora hasta ese rancho grotesco, agazapado en el tiempo con su extravagante maridaje de lenguas y creen-

cias. Hasta ese rancho: (recuerdo,) visión tremenda de los toldos indianos, que escapó al incendio de las tribus, perdido como estaba en los medanales inmensos. Sobre ese codo del río seco. El sol llegó hasta ese nidal de la más repugnante miseria y abulia, de la degeneración y el hambre, donde el injerto de la barbarie prendió más deforme y doloroso aún, en las carnes cautivas, golpeadas, resignadas de la Silveria Sosa. Un cubil de vidas muertas, sin esperanzas, sin motivo... El sol muestra los puntales retorcidos de chañar que sobresalen entre los cueros del techo, como los huesos de los perros flacos. Como los huesos de *Nahueiquintún* y la Silveria Sosa y sus hijos. Matas achicharradas de *pichana* y *jarilla*, de chinches y sabandijas, tapan los boquerones cavados por el tiempo y los bichos en las paredes de *quincha*. Cien malones descansan a la entrada en una larga lanza de caña *coligüe*. Apenas conserva hilachas de un penacho rojo. Al lado, en el suelo, se sientan dos muchachones zaparrastrosos que salen bostezando del rancho. Ni una palabra dirigen al viejo *Nahueiquintún* que pacientemente soba una *guatana*, junto a las cenizas humeantes. En cuclillas.

Las moscas comienzan a desentumecerse.

Distante, de entre unos matorrales, aparece la Silveria Sosa arrastrando su cansancio por la arena reseca. Dolorosamente se dobla su figura enjuta bajo el atado de leña que trae a la cabeza. Detrás, el perro. Los muchachos y el viejo que la ven acercarse, no insinúan el menor movimiento por ayudarla. Llega, y arroja el haz al suelo, y un quejido, levantando una nube de polvo.

Nadie habla.

—¿Y diai... la remesa?... —pregunta al fin *Nahueiquintún* sin sacar los ojos de la *guatana.*

—Nada vide... —contesta indiferente la Silveria.

—Iá nomás tiene que llegar... ¡Anoche me salió el *pichiciego!*...

Al oír hablar de la remesa, los muchachos que permanecían mudos, sentados, se miraron.

—Chei... ¿haj'oido?...

—Ahá...

—Al fin podrimos descansar, ¿no?...

—¡Hu!...

Y como de común acuerdo, los dos dejaron deslizar las sentaderas hasta quedar de espaldas contra el suelo. El sol que se alzaba ya una cuarta sobre las serranías de la Punta, les molestaba. Y por no mover las manos para atajarse, cerraron los ojos.

Otra vez en cuclillas, la Silveria Sosa había terminado de avivar el fuego. Las llamas lamían la tetera sin tapa, renegra de tizne.

—¿Y no vaij'acer un *yerbiaito* entretanto?... —preguntó *Nahueiquintún* sin dejar de sobar la *guatana.*

—¿Diande yerba?...

—¿Ni usada?...

—¡Siquera!...

—Y güeno... n'agüita caliente con un yuyo... —y dirigiéndose a uno de los muchachos—: *Loncodeo*... vaia alcancemé la *chuspa de añapa*... * ni aunque sea p'engañar la *guata*...

* Bolsita de algarroba.

Loncodeo permaneció indiferente. De espaldas. Con los ojos cerrados. En ese momento irrumpió del rancho un muchachito horriblemente sucio. Las crenchas en la cara y los mocos de chorro. Desnudo casi. Con todo al aire. Las tiras que le colgaban de los hombros no alcanzaban a taparle el vientre hinchado que abultaba sobre su descarnado esqueleto enclenque. Un enjambre de moscas lo seguía. Salió refregándose los ojos con las manos roñosas. Se encaró con la Silveria:

—*¡Pay... dejemé soplar la trutruca!...*

—¡Ave María el incordio este!... ¡iá se levantó iá!...

—¡Usté me ijo! —insistió plañidero.

—¡Tá que será jodido!... —rezongó *Nahueiquintún* sin levantar los ojos—. ¡No tenimo' bastante desgracias que'stá queriendo que los caig'otra!... *Cuchauéntru no los* perdonaría nunca que tocara la *trutruca* sin motivo... ¡Nunca!...

El niño no agregó una palabra. Y refregándose los ojos se encaminó hacia el monte seguido por los perros y las moscas.

—¡Puta muchacho floju'éste!... —rezongó de pronto *Nahueiquintún*—. *¡Locondeo...* váia aguaite al alto pué... iá debe'star iegando la *remesa!...*

—¿Remesa?...

—¡Y diai!... ¿No sabís que anoche me salió al cruce'l *pichiciego?...*

—*¿Pichiciego?...*

—Pero claro pué... ¡Y ej'el primero desde que'l Gobierno dejó 'e mandar la *remesa*... de'sto hace muy mucho!

Ió sabía que'l Gobierno no podía hacer eso. A Dios no lí'a debío parecer bien... que quemaran los toldos, noj'echaran de las tierras y se ievaran los caballu... ¡Cómo iba'ver Dios con bueno'ojo que los dejaran de a pie... sin poder *boliar* un *choique* tan siquiera!... Nó... el Gobierno no los podía dejar morir d'ambre: ¡sin azúcar... sin aguardiente..., muertos di'ambre!... Po'eso manda la *remesa*... —Y con el mismo tono cansino—: Iá pué *Loncodeo*... aiéguese hasta l'alto... No haio l'hora de que ieguen...

Loncodeo siguió echado de espaldas. Inmutable.

El sol de bruces sobre la tierra. Inmóvil hasta entonces, el caballo se sacudió pesadamente. Mortificado por ese fuego que le escaldaba el lomo y por las moscas.

Nahueiquintún levantó por fin los ojos de la *guatana*.

Largo rato quedó pensativo, contemplándolo.

—Pobre *chesche*... 'ta cuándo irá seguir así... ni con *sampa* mojada y sal hi podío levantarlo... No sé porqué Dió siá'emperrau en castigarme así... Caraju... ni aguardiente ni caballu... ¡Ni caballu!... mismo que si me se hubiera enfermau la mitá' el cuerpo... ¡Qué!... si ando como pialau... Creo que si el *chesche* se muriera ió iá no podría caminar más iá... pobre *chesche*... Menoj mal que la *remesa* viene a quitarme un poco'e pena...

Y echándole una última ojeada compasiva, volvió a inclinar la cabeza sobre la *guatana*. Frente a él, en cuclillas, la Silveria Sosa parecía adormecida por el calor. Desnutrida y hambrienta, ni el sol podía quitarle el frío que le llegaba a los huesos.

—*Chuchuy*... ¡frío grande!... —se quejó. Y terminó de echar al fuego toda la leña. Cansada de hervir en vano, el agua comenzó a derramarse.

—¡Ave María con mi suerte desabrida!... —protestó ventilando ahora sus descarnadas encías en el bostezo—, ¡tendré nomás que volver a juntar otra leñita!...

—Iá no pueden tardar iá... —dijo *Nahueiquintún*.

En el suelo, asoleándose como lagartijas, continuaban los dos muchachones.

Sonaban los tarascones al aire de los perros que entretenían el hambre cazando moscas al vuelo.

—¿Y *peñi*?... ¿No *vaj*' aguaitar?...

—Toy cansau...

—¡Tengo la *guata* iena 'e ruidos!...

—¡Vá... Mascá algarroba pué!...

—¡Algarroba... diande!...

—Ahí'stá ienito el suelo...

Inginio solivió trabajosamente la cabeza mirando hacia donde el hermano le señalaba con el pie desnudo. A cincuenta pasos, bajo un achaparrado algarrobo de enormes espinas, amarillaba una alfombra de vainas tiradas por el viento.

—¡Pú... aiáaa! —murmuró con desaliento.—Vencido por el esfuerzo, dejó caer pesadamente la cabeza—. ¡Tan muy lejo!... —se quejó. Y volvió a cerrar los ojos.

Hora de víboras. Siesta. La sombra del rancho comenzaba a caerles encima. Lejanos balidos de unas cabras...

Torturado por los moscones y los tábanos, el caballo tornó a sacudirse.

—¡Iá va pa' cuatro días que no come!... —dijo Inginio.

Como distante, *Loncodeo* agregó:

—¡Ni *bóstia!*...

—¿Tenderá el gusano?...

—¡Hu!...

Y *Nahueiquintún*:

—Suerte que no vamoj'a *maloquiar* tuavía... El Gobierno cumple y hay que respetarlo. Cuantito asome *Pichicalquín* hay que decirle... nada 'e *malocas.* Menos mal... porque al *chesche* lo veo bastante enfermo... y ió iá no puedo moverme casi... ¡Mierda con l'hambre que tengo! —varió de pronto— ...¡m'están silbando las tripa!... Si al meno pudiera echar un traguito... ¿Por qué no se fijan si ferbentó la *cuerada?*...

Comenzaba a declinar la tarde cuando la desdentada boca de Silveria Sosa volvió a abrirse en una queja:

—¡Puta con la *remesa* esa!... ¡Iá nu irá iegar iá!... Sabrá Dió 'sta cuando habrá que aguardar pa comer algo blando... ¡algo!... Dejante que'stas muelas podrida iá no me sirven pa'nada... ¡Jesús! Y tantísimo qui'ace que' toy rabiando po' echá un humito... si al menoj'un puchito'e *pitrén* tuviera...

—Si cuando 'igo que Dió loj'abandonau... —completó *Nahueiquintún*— ni aguardiente ni caballu... ¡Qué!... si cada día puedo caminar más meno... cada día me güelen más las canilla... No sé porqué Dios...

—*Pay*... ¿me deja soplar la *trutruca?*...

—...me castiga por algo que nu'i hecho!...

Por detrás del rancho apareció el muchachito seguido por media docena de perros. Todo el día había andado entre el monte. Lejos. Como todos los días. Manteniendo el raquitismo que le deformaba los huesos con *tunas,* algarrobas y algunas inmundicias que le robaba a los perros. Nadie le echó de menos. Las moscas seguían disputándose sus ojos infectos. Ahora llegaba pidiendo la *trutruca.* La Silveria Sosa iba a protestar como siempre, pero la interrumpió el alboroto de unos ladridos cercanos. Miró hacia allá. También *Nahueiquintún.* Y los muchachos hasta se incorporaron. Un gran tierral venía ascendiendo por el otro lado del alto. Ansiedad. La sangre perezosa corrió más rápido.

—Áhi'stá cheí... ¡la *remesa*!

—¡La *remesa!*... ¡Jesús bendito!... ¡Se mi'ace agua la boca!...

—No... si cuando te 'ije que había visto el *pichiciegüito*... Iá me parecía que Dios no se podía olvidar así de nojotro...

Y con los perros del rancho otro tierral corrió al encuentro del que venía por el alto.

Era Cuncuna. Sus perros venían corriendo un *chiñé.* Nadie más.

Cansado ya, el sol se estaba echando tras los cerros lejanos. Y un cielo color ratón.

Llegó cabizbaja, muda. Sin mirarla, *Nahueiquintún* le preguntó:

—¿Y onde traij'el aguardiente, pué?...

—No traigo.

—Qué... iá te lo quitó la Silveria iá... Caraju...

ni ese consuelo tengo... —Se lamentó tristemente—. Sabíj' el sacrificio que costó hacer ese *patay*... sin poder tenerme'n pié casi... solo pa' echar un traguito... y vos dejás que la Silveria te lo quite... ¡Santo Dios!... Ni caballu siquera...

La Silveria Sosa no se inmutó por verse acusada injustamente. Avergonzada, Cuncuna, tampoco hizo un gesto. Se había detenido frente a *Nahueiquintún*, de espalda a los muchachos. Y sus talones estaban pegados a la cara de *Loncodeo* que miraba intrigado hacia arriba.

—¡Chei...! ¿Y cómo ti'as ienau el *poto* de arena?...

Cuncuna no contestó. Aquél se volvió entonces al hermano:

—¿Parece que la Cuncuna and'alborotada, ah?...

—Iá es tiempo iá.

—En cuantito se entere'l tata...

—¡Ja!... —exclamó significativo Inginio, e incapaz de seguir aguantando el hambre se levantó pesadamente, tironeando su flojera hacia la algarroba que por la mañana le había señalado el hermano. De los pelos grasientos y los harapos se desprendía el polvo que se le había pegado en el suelo...

VI

Pese a las tareas de ese día, Juan de Dios se levantó resuelto a no moverse de la casa hasta verlo al padre. Por la noche había tomado una decisión definitiva sobre Cuncuna, y quería comunicársela. No estaba muy seguro de su valor. Ni de la acogida del padre. Por momentos dudaba hasta del mismo interés de Cuncuna. Pero la quería. Toda la noche había estado viviendo lo de la mañana anterior. Y aún percibía aquel penetrante olor de algarrobas. Por eso se atrevía a desafiar al padre.

Con los últimos calores las uvas se habían dilatado. Era cuestión de no mezquinarles el agua y en pocas semanas empezarían a ponerse pintonas.

Aunque no le tocara regar, Justo se levantaba de noche todavía. Pala al hombro se encaminaba al comparto. Y abría un boquete por donde le robaba un chorro de agua al vecino. Antes de amanecer lo tapaba cuidadosamente. Y se podía adivinar su alegría cuando regresaba.

Al volverse a marchar despertaba al hijo, zamarreándolo.

Así había hecho justamente esa mañana. Aunque mucho más rudo que de costumbre. En la media claridad Juan de Dios creyó notarlo bastante desvaído. Le pareció que rengueaba al salir del cuarto. Habría tenido alguna otra discusión

por el agua. En los últimos tiempos, todos los vecinos se habían ido dando cuenta de sus mañas. Ahora, desconfiados, vigilaban celosamente. Las noches íntegras velaban. Y varias veces lo habían sorprendido.

Esa mañana les tocaba a ellos el agua. No obstante, el padre no habría tenido ningún inconveniente en estarla sustrayendo hasta un rato antes. En ese momento debía estar regando de nuevo.

En verdad, la vida de Justo estaba a merced del agua. Como las mismas cepas. Parecía que sus sueños y ambiciones maduraban con los granos de uva. Que su propia vida pendía de las cepas como los racimos. Justo se sofocaba y sufría igual que ellos con el sol quemante de las siestas. Y como ellos, al caer la tarde, respiraba aliviado. Cuando corría el agua por los surcos, la sentía andar por su cuerpo. Y él hubiera muerto si les hubiese llegado a faltar. Las grietas se habrían abierto en su propio cuerpo.

Aunque Justo se negaba, se resistía, su vida nutríase ahora de la tierra. Lo mismo que sus cepas. Tal vez por eso la odiaba más, cada día. Y pensaba que las viñas, que los árboles, que todas las plantas, también debían odiarla. Pese a que la tierra las engendraba, les daba vida, las amamantaba... ¿No aborrecía él, acaso, a su propia madre?... La aborrecía porque lo desheredó, porque lo condenó a eso, a lo que era, a la nada. A seguir siendo esclavo. Pero no ya de sus caprichos sino de la tierra. De esa tierra ajena.

Las plantas estaban también encadenadas a los caprichos de la tierra. De ella se alimentaban. Vivían su vida, sufrían sus privaciones. Con ella morían... ¿Pero es que la tierra mo-

ría?... Lo único cierto era que las condenaba a morir. Y las plantas debían detestarla.

A veces, las atormentaba. Como hacen ciertas madres con sus hijos: las mataba antes que nacieran. Igual que ciertas madres. Las plantas eran esclavas de la tierra madre. Eran esclavas. Y debían odiarla.

Ayllá solía decir que los indios habían sido esclavos de la tierra y que la idolatraron. Que habían peleado por mantener esa esclavitud, y murieron al ser privados de ella; arrancados de su suelo. Recordándolo, Justo titubeaba. Creía que si a las plantas les quitaban la tierra, morían como los indios; que la tierra sedienta no se apoderaba del jugo de las plantas: eran éstas quienes se despojaban de su savia, de su propia sangre, para dársela. ¡Entonces morían por la madre tierra!... Luego... no podían odiarla. ¿Habría tenido él la abnegación de dar la vida por su madre?... ¿Se hubiera dejado morir como las plantas, como los indios?... Los indios habían sido considerados animales salvajes. ¡Sólo el hombre civilizado, entonces, era capaz de odiar a la madre!...

Juan de Dios tenía que regar esa mañana por el lado del bajo. El agua no era mucha y había que aprovecharla. Así le ordenó el padre al despertarlo. Pero el muchacho estaba seguro que si no lo esperaba ahora, ya no podría comunicarle su decisión hasta el día siguiente, o el otro. Y era muy importante. Además, él estaba bastante apurado.

Justo debió sorprenderse. El sol caía a plomo cuando llegó empapado en sudor y barro. Debió sorprenderse. Pero sin pronunciar palabra se metió en la cocina con el sombrero

hasta los ojos. Y se puso a devorar un pedazo de matambre en la mesa polvorienta y grasosa. Detrás apareció el hijo. Justo lo miró de reojo. El muchacho sintió con rabia que contra sus esfuerzos la sangre se le estaba agolpando en el rostro. Justo pareció notarlo. Y complacido, mientras masticaba, no le quitó los ojos de encima. El hijo advirtió que comía sin pan. Habían estado comiendo uno durísimo de un mes atrás. Pero ya no quedaba pan...

Toda la mañana había estado buscando qué decirle. No sabía de qué forma comenzar, cuando la ausencia del pan le dio una idea.

—¿No cree usted, padre, que es necesaria una mujer para amasar y hacer la comida y lavar la ropa?... —le dijo roncamente.

—¡La mugre ya no me molesta!...

—¿Y la comida, y el pan?...

—¡Ahí tienes queso de cabra!...

Las respuestas eran tajantes como la mirada. Juan de Dios guardó silencio. Las palabras, los argumentos se le atollaron. No encontraba forma de ordenarlos. Y el padre seguía masticando. El silencio era espeso. Un rayo de sol taladraba la penumbra de la cocina por entre las cañas del techo. El muchacho alcanzaba a oír el zumbido incansable de una mosca. Se distrajo siguiendo sus gambetas en el aire. De repente recordó que estaba frente al padre. Que tenía que hablarle. Tenía que comunicarle su importante decisión. Y como si fuera otro, no él quien abría la boca, se largó a hablar. Hablaba sin mirarlo. Atropelladamente. Asombrado del metal desconocido de su voz, Y le pareció que repetía, que estaba

diciendo siempre lo mismo. Explicó, tosió, protestó, sin respirar casi. Ya era un hombre...

No podría haber calculado cuánto habló. Cuando cesó, el padre ya no comía. Pero contraía fuertemente las quijadas como si rumiara su impaciencia. Un zumbido sordo, persistente, se empeñaba en turbar el silencio. Juan de Dios calculó que la mosca debía haber caído en alguna telaraña. De las que tapizaban los techos y las paredes.

—¿Qué es lo que quieres?...

Ese regüeldo con palabras llegó al mismo tiempo que el fin del zumbido. Angustiado, el muchacho se imaginó debatiéndose él también entre las patas de la araña. Como si no hubiera comprendido bien, fijó los ojos en su padre. Los fijó recién, de golpe, por primera vez. Y seguramente los hubiera apartado en seguida, si no se hubiese sorprendido de verlo tan avejentado. Casi todo el cabello blanco. Las arrugas se le amontonaban sobre los párpados capotudos. Parecía agobiado. Plegadas las anchas espaldas. Ya no ofrecía esa impresión de fortaleza, de decisión. Lo único igual era el brillo acerado de sus ojos. Siempre igual.

—¿Y...? —urgió duramente.

No había escapatoria. La araña ya estaría en plena digestión.

—Y... mire padre... verá... Yo, ya siento deseos de... de acostarme con... una mujer.

—¿De acostarte?... ¿Andas alzado?...

—Sí... ¡No, padre!...

—Ahí tienes las cabras... ¡Son lo mismo!..

Juan de Dios parpadeó horrorizado. No podía creerlo.

En ese mismo instante, empero, creyó descubrir el origen del fuerte olor que despedía su padre. Lo había sentido desde que entró. Y no había podido precisar a qué hedía. Pero ahora que le había dicho lo de las cabras... Y desorbitado, recordaba haberlo visto andar últimamente como a escondidas por los corrales... tras de las cabras...

Lo que Juan de Dios quería decirle es que estaba enamorado. Enamorado de una mujer. No de una cabra. Pero no sabía cómo; no encontraba...

—¿Y si hubieses sido cura como quería la Tata?

—¡No me hubieran faltado, padre!...

Lo dijo así, espontáneamente, sin pensarlo. Sin abochornarse siquiera. La verdad es que él recordaba, como en sueños, haber visto a los curas de su pueblo rodeados por las chicas más lindas. Después, en la sacristía, por la tarde.

—¿Y con quién quieres casarte?...

Lo había adivinado.

—¡Con Cuncuna, padre!...

—¡Cuncuna!... ¿Quién es Cuncuna?..

—La hija de...

—¿Dónde vive?...

—A tres leguas... en el puesto Las...

—¡Basta!... ¡Basta, me cago en Dios!..

Justo estaba lívido.

—Tú... un Peres Modón acostarte con una india mugrienta... con una mujer salvaje... ¡No!... Tú ya tienes mujer, ya estás casado, ¡Cristo!... Tu mujer es Carmencita...

Juan de Dios se sentía aturdido.

¡Ya estaba casado!... Él sabía de esa Carmencita sólo por su madre. Le dolía que ella se hubiera prestado a eso. De cualquier manera no sabía cómo era... en cambio Cuncuna tenía... Él estaba enamorado de Cuncuna, no de Carmencita.

—¿Se hubiera casado usted con otra que no hubiese sido mi madre?...

Se admiró de su propia audacia.

—¡Es distinto!... —gruñó Justo.

Y no era distinto.

—¿Distinto, en que ella se llamaba Alegría y mi amor, Cuncuna?... —volvió a atreverse.

—¡Amor! ¿Qué sabes tú de eso?... A cualquier calentura la confunden...

—¿Y por qué pretende... por qué quiere entonces que me case con Carmencita?...

—¡Porque son preferibles unas piernas, unos muslos blancos y suaves y perfumados, a otros roñosos y malolientes!

—¡Yo no me voy a casar sólo con unas piernas, padre!... —protestó.

—¡Piernas son las que tú necesitas... las que andas deseando... Piernas!

El muchacho quedó cortado. No sabía más qué argüir.

Él había estado seguro, hasta ese momento, que sentía amor por Cuncuna. Ahora dudaba: por Cuncuna o por las piernas... Recordaba que el día anterior, cuando empeñó su palabra de casarse, había sido conmovido por su llanto. Había sentido lástima. Y luego de lo dicho por el padre, no podía apartar de su pensamiento los muslos cobrizos de Cun-

cuna. Eran tan tibios... En ese caso también Carmencita podía ofrecerle piernas... ¡y las cabras!, pensó avergonzado. Pero... ¡el amor!... ¿Para qué existía eso?... y comprendió que le costaría bastante averiguar qué era el amor.

Se decidió finalmente por las piernas de Cuncuna. Estaban más cerca. Con el tiempo llegaría a entender eso del amor.

Justo, en cambio, no pudo, no quiso comprenderlo al hijo, porque un trozo de sus ambiciones se venía al suelo. Después que fracasaron sus argumentos y sus amenazas, recurrió a las injurias.

Juan de Dios abandonó precipitadamente la cocina.

—¡Puedes irte, bastardo!... —lo perseguía exasperado Justo arrojándole puñados de tierra...— ¡Puedes irte!... ¡Nunca oses acordarte de qué vientre has salido!... ¡bastardo!... ¡Bastardo!...

Lejos, corría entre las viñas Juan de Dios...

VII

Nahueiquintún seguía sobando la *guatana.*

—¡Dos día'hace que me salió al cruce'l *pichiego* y la *remesa* nu'a iegáu!... Gran puta, caraju...

Seguía en cuclillas. Junto a las cenizas y a las quejosas protestas, también acuclilladas, de la Silveria Sosa:

—Esos crestiano se haberán extraviao... Si son má ciego que una piegra de noche... Y iá'stoy cansad'e juntar leña... Ave María...

Nahueiquintún siguió hablando consigo mismo:

—...Dió sabe la pena que tengo... ni aguardiente ni caballu... No sé por qué juega d'esta laya conmigo... Nada le costaba haberlej'enseñau el camino a esos crestiano...

—...por Dios con mi suerte ingrata... Si tan siquera un puchito tuviera...

—...Él tiene que haberlos visto cuando si'an perdío... ¡pero que!... Y Él sabe la pena que tengo... ni caballu siquera...

Otro día como todos.

Cuncuna no había vuelto a *Corocorto.* No se había vuelto a hacer *patay* en el rancho. *Loncodeo* y el hermano esta-

ban recostados bajo el algarrobo, para poder comer las vainas que había en el suelo al alcance de sus manos.

Como todos los días.

Arena y sol. Arena caldeada. El chachareo de las vizcachas en la costa vecina del río seco. Y el balido lastimero de las cabras.

De balde plañía *Cuchapil* que lo dejaran tocar la *trutruca.*

Lejos, la silueta cada vez más lánguida del caballo enfermo.

Como todos los días pero con una esperanza, *Nahueiquintún* seguía sobando la *guatana.* En cuclillas. Lo mismo que las desdentadas protestas de la Silveria Sosa.

—Hasta cuándo 'tarís sobando al pedo ese *tiento*... ¡Aiegate a l'Osamenta *aguaitar* la *remesa!*... Bienhaiga con mi suerte...

—¡Pero vé!... ¡Esta mujer de mierda 'ta queriendo que me muera!... —protestó para sí *Nahueiquintún*—. Santo Dió... Ir a pié hasta l'Osamenta... ¡Quere que me mate a golpes!... Eia sabe que no soy capá de caminar dos paso sin caerme... me mareyo... parece que'l suelo se m'escapara d'entre los piese... ¡Que salga aguaitar!... Pa colmo el *chesche* nu'está bien... nada bien... Creo que si el *chesche* no sana no vi'a poder dar un paso máj'en mi vida... ¡ni un paso má!...

El calor era denso, aplastante, letal. Bullía la arena. Y la jarilla, y los manchones ralos de monte, sudaban un olor acre y espeso; penetrante. Larga la lengua como un látigo, los pobres perros flacos acezaban...

—Cada vez tengo má sé... Y esa *cuerada* que no ferbenta... gran puta... —se quejó *Nahueiquintún*—. ¡Chei muchacho... miren vean si ferbentó la *cuerada!*...

Ninguno hizo el menor ademán de obedecer. Después de un largo rato, Inginio le dijo al hermano:

—¡A vos te icen, *Loncodeo!*...

Al hablar, se le cayó de la boca, rodando, el bolo desteñido de algarroba. Lo recogió. Y al volverlo a masticar le rechinó la arena en los dientes.

Recién entonces, refutó indolente *Loncodeo*:

—¿A mí?... ¡A vó será!...

—Vó soj'el más chico...

—¿Y eso qué?... ¡A vó te icen!...

—A vó...

—A vó...

Loncodeo se levantó trabajosamente:

—Mejor me voy... Hoy día tenís muy muchas gana'e peliar, vó...

Casi al mismo tiempo estallaron por el monte los chillidos desesperados, dolorosos de un muchachito, y los gritos de otro que apareció a la carrera, seguido por la perrada.

—¡Tata!... ¡Tata!...

Alarmado, el viejo levantó los ojos de la *guatana*.

—¡Tata!... ¡Hi *loncotiau* * al *Cuchapil!*...

Descarnado y desnudo venía agitando un puño en alto.

—¡Lu'i *loncotiau* al *Cuchapil,* tata!... —repitió—. ...¡El potranco va' ser pa mí!...

---

* De loncotear. Tironearse violentamente de los pelos.

Jadeante llegó hasta donde estaba el viejo, y abriendo la mano mostró un puñado de pelos sanguinolentos.

—¡Lindo toro!... —dijo el viejo tironeándole brutalmente las mechas pegoteadas y duras. Pero ni una sola fibra de su cara huesuda delató su satisfacción.

Chorreando sangre apareció *Cuchapil*. El desdichado cachorrito macilento y ventrudo, lucía en la cabeza un luquete sangriento de donde el hermano le había arrancado el pelo.

—¡Ah muchachito flojo!... —lo reprendió *Nahueiquintún*—. ¡Si sigue así no va poder ser lanceru como su tata!... Vaia... que la Silveira le ponga enjundia'e *quirquincho* pa que se l'estanque la sangre...

Mientras miraba cómo se enroscaban y ardían los pelos que dejaba caer en el fuego, su hermano, el toro, preguntó al padre:

—¿Y cuándo me va'dar el *potranco*?...

—Y no sé pué... Iá debría'star aquí esa *remesa*... Lo que pasa es que al Gobierno... nó, a Dió se li'a puesto jugar con mis pena... esu'es lo que pasa... Cuanto aparejca *Pichicalquín* con los caballu, que si'aguarde... no vaia' ser mandinga que...

—Y ¿por qué *Pichicalquín* pinta colorá la cola'el *zainu*?... —interrumpió el muchachito.

—¡Puta muchachito curiosu'éste!... Cuando la guerra grande, le quemaron los toldos y le mataron las *china*... todititaj las *china* y los *guagua*... D'entonces anda queriendo vengarse... queriendo sangre... sangre' crestiano...

pu'eso pinta colorá la cola'el *zainu*... Hay que decirle que se aguarde...

Con el sol dentro llegó al rancho Juan de Dios. Esta vez, la Silveria Sosa no divisó el tierral. Pero cuando los perros encararon furiosos hacia el alto, la esperanza tornó a asomarse a todos los ojos.

Dos veces estuvo tentado de volverse Juan de Dios. Tentado de echar a correr su miedo, mientras iba esquivando los perros. Dos veces. En balde esperó que los del rancho impusieran sosiego a esa pesadilla de colmillos babeantes. Y cerca ya, cuando se creía a salvo, el desencanto y la desconfianza le salieron al encuentro.

El viejo apenas si levantó la cabeza. Y había hostilidad en la mirada huraña de los muchachos y los perros.

Todo cambió cuando *Nahueiquintún* lo reconoció al resplandor del fueguito que atizaba indiferente la Silveria. La Silveria le pidió un cigarrito. Y entonces todos se abalanzaron sobre él atenaceándolo con su coro plañidero de pedidos...

Despertaron a Cuncuna. La arrancaron sobresaltada del decaimiento con que se había echado en el suelo, en un jergón. Y violentamente sacó al muchacho del medio de las súplicas. Cuando *Nehueiquintún* vió que las ilusiones se le escapaban de la mano de Cuncuna, dijo:

—Bueno pué... mire vea... quedesé con la ropita, lo'jergone, el facón, l'azúcar, la ierba... Quedesé con todidito... Pero regalemé algún poco de aguardiente...

—No m'hijo... un *pitrén*... un *pitrén*... —contrarió la Silveria Sosa.

—No li haga caso... ¡Aguardiente!...

Cuchapil cortó el tumulto que recomenzaba. Los gritos de *Cuchapil* que llegaron a la carrera de entre las sombras. Y un silencio lúgubre se abatió entonces sobre el rancho.

—¿Cómo decís niño, por Dió? . . . —preguntó incrédulo *Nahueiquintún*.

—¡El *chesche*'ta gualichau tata! . . .

—¡Cruj'diaulo! . . . —farfulló la Silveria santiguándose.

Y por entre la indecisión supersticiosa y muda, llegó nítido el golpetear de los cascos del caballo y su relincho lastimero.

VIII

Esa noche el sueño no lo venció. Ni a la madrugada, como venía ocurriendo desde meses atrás. Soplaba el *zonda*. Los álamos crujían apesadumbrados. Y la casa vacía estaba llena de ruidos y fantasmas.

Justo deseaba que ladrara algún perro para que rompiera esa pesadilla. A cada instante se preguntaba dónde andarían. Acostumbraban echarse en el corredor. Y no paraban de corretear a los *cuyes y chiñes* que se acercaban con las sombras.

Sólo se oía el viento, el rumor de las hojas, el crujido de los árboles. Y a la distancia, como latigazos, los silbos de las víboras.

Estuvo a punto de llamarlos. Por lo menos no estaría tan solo. Pero abrió la boca y no se animó a gritar; no articuló un sonido. A lo mejor no venían. Prefería seguir imaginándose que estaban ahí, en el corredor, durmiendo. Los perros. Y sin respirar casi, se hizo chiquito en esa cama sepultada por las tinieblas del cuarto.

No sabía por qué estaba tan extrañamente inquieto, temeroso. Hasta el viento que arrastrándose por el cuarto le zarandeaba las cobijas, lo sobresaltaba. Suponía que debía tener los ojos muy abiertos porque los sentía helados, tratando de penetrar la oscuridad. No acertaba a encontrar la causa

que lo había puesto así. Nunca había sido miedoso. Ahora, sin embargo, estaba deprimido por una incertidumbre. Acaso fueran los nervios. El disgusto de esa tarde. Aunque en realidad no había rabiado mucho. Desde hacía ya un tiempo tomaba las cosas con una especie de conformismo, de resignación. ¿Se estaba volviendo fatalista acaso? . . . No, toda su vida los había despreciado. Había detestado a los hombres, a los pueblos que se entregaban con las manos atadas, con mansedumbre, sin pelear. En lugar de lástima, los suicidas le habían dado náuseas. Siempre. Las mismas náuseas que los pusilámines y los traidores, que los resignados y los desesperados y los indiferentes. Porque todos eran cobardes. Desertores de la vida. Todos abandonaban sus trincheras y se entregaban al enemigo: al destino, a otra voluntad, a la muerte...

Nunca había permitido que en su casa se prendieran cirios. Estaba convencido que las velas y los fetiches habían matado en el pueblo hasta el instinto de luchar por la propia conservación. Y de sus luchas y alegrías, de sus desgracias y pesares culpaban a Dios, cuando los únicos culpables de sus destinos son los hombres.

Pese a ello y a la repulsión que experimentaba hacia las gentes del lugar, no podía dejar de admirarlas como sobrevientes de aquella soberbia raza de araucanos. *Ayllá* le había contado que no se doblegaron nunca; que habían peleado durante diez generaciones por defender su tierra. Le había dicho que robaron, saquearon, asesinaron, destruyeron durante doscientos años. El mismo *Ayllá.* Pero contaba que decían sus abuelos, que también ellos, antes, mucho antes, ellos habían sido robados, perseguidos...

Aunque lo ocultó, Justo llegó a sentir respeto por los araucanos. Sabía que pelearon como fieras. Pelearon como sabían, hasta el fin, por eso que para ellos era todo: su tierra...

Seguía rondando el viento cálido. Y en la soledad de la noche Justo creía comprender ahora, por primera vez, la idolatría que *Ayllá* había sentido por ese pedazo de tierra. Pero el pobre indio tuvo que morir.

Y Justo descubrió de dónde venía la angustia, la desazón que lo embargaba. Venía de su propia conciencia.

El mismo viento corría la tarde que lo asesinó. ¡Hasta los álamos se quejaban como ahora!... Comenzaron a quejarse, dolorosamente, cuando el indio quedó tendido sobre la tierra. El viento se desató en el instante en que cayó de bruces. En el mismo instante en que *Ayllá* cayó con los brazos abiertos como cruz de palo...

No podía evitar estremecerse cada vez que evocaba la tenebrosa escena. Se resistía aceptar, no obstante, que ese recuerdo pudiera perdurar por lo que dijo, por las últimas palabras que el indio le lanzó mientras arañaba el suelo. Un momento antes él se había reído al oírlo suplicar "*¡Mapuchao* *... Mapuchao! . . . ¡Perdonando Mapuchao! . . .", mientras abrazaba la tierra deshecha.

Se había reído porque lo supuso fingido; porque estaba seguro que lo que le había hecho no bastaba para matarlo. Pero murió. El araucano murió. Desde entonces él se repetía, mortificado, que no lo había matado. Continuaba tra-

(1) Tierra madre.

tando de persuadirse, de convencerse a sí mismo que lo habían obligado. Los amigos del indio. Ellos lo obligaron a matarlo sin haber intentado ayudarlo siquiera. Lo acorralaron con su desesperación y su cansancio. Lo dejaron solo. Solo con el viejo indio, en medio de esa abominada tierra hostil. Y se sintió enloquecer. Traspasado por el sol, encharcado hasta las rodillas, sangrantes sus despellejadas manos, condenado a mirar todo el día, todos los días, a esa oscura tierra maldita, se sintió enloquecer. Fué el indio. Él indio. Porque mientras él se doblaba clavando su rabia en el suelo, el indio seguía sollozando. Se quejaba como si a él le doliera, como si hubiesen estado despedazando su propio cuerpo...

El viento soplaba como ahora. Y semejantes a los fantasmas que ahora lo rondaban, llegaron de la noche su mujer y sus hijos. Vacilantes, sudorosos, revueltos los pelos y las ropas, llegaron. Pero ya era tarde. Sobrecogida de terror, Alegría alcanzó a gritarle asesino antes de desplomarse. Y el espanto de sus hijos retrocedía entre los pozos y las *champas* sueltas. Fuertemente abrazados. Y volvieron la espalda y se echaron a correr hacia la noche. De rodillas sobre la tierra ensangrentada quedó el llanto de su mujer...

Aceptó que había sido rudo. Reconoció que se había equivocado. Él lo vió más fuerte al viejo. Pero el sufrimiento debió ser muy intenso...

Años antes no hubiera podido asesinarlo. Le hubiese temido. Aun sin verlo. Temido al sentir retemblar el suelo machacado por los cascos y los alaridos quebrados. Al ver sólo tierra, una nube de tierra, un horizonte de tierra que

avanzaba revolcándose. Y aquellos descarnados aullidos de *vincha* roja que irrumpían desde el fondo del desierto, lúgubremente cimbreantes sus lanzas de *coligüe*.

Años antes *Ayllá* tenía caballos y fuerza. Y a la cabeza de sus indios se había metido hasta en los últimos entreveros con las tropas del general Roca. Y como una condecoración, el viejo araucano lució orgulloso, desde entonces, la cabeza con una sola oreja y el par de costurones que le zurcían la cara...

Sepultó el cadáver al lado del algarrobo partido. Lo enterró no por compasión o respeto. Sino por que le repugnaba pensar que al día siguiente los *caranchos* y los *jotes* iban a estar disputándose las tripas del indio. Estaba oscuro. Redonda, la luna se despegó por fin de la tierra y el viento cesó de golpe, como había empezado. Justo arrastró el cuerpo hasta el pozo abierto junto al algarrobo. Lo empujó con el pie. La fosa resultó estrecha. Y al hundirlo con la pala para que cayera al fondo, *Ayllá* dejó escapar un extraño gruñido...

La noche interminable, y el viento. Acurrucado, inmóvil, Justo acababa de descubrir el motivo de su inquietud. Ni su conciencia, ni su remordimiento. Eran aquellas palabras que boqueó el indio, cuyo sentido nunca había llegado a explicarse. Siempre supuso que fueron de reproche. Pero ahora, solo, completamente solo, perdido el hijo, muertas la mujer y la hija, comenzaba a ver claro. No fué un reproche, no. Tenía la certeza de que había sido algo fatídico, de mal agüero. Algo con más poder que su voluntad, que su propia fuerza. Y recordó que no había sido una enfermedad la que

mató a su mujer, sino la tierra. Sí, la tierra la asesinó porque se opuso a que la salvación llegara a tiempo. No había sido el *matuasto* el que envenenó a la hija, sino la tierra. Porque ese lagarto monstruoso tenía la piel del mismo color de la tierra: era un pedazo emponzoñado de la tierra. ¿No había sido la tierra además quien le quitó el hijo usando de cebo a una india inmunda?... ¡Sí..., eso!... ¡La tierra... la tierra!...

Justo se había incorporado en el lecho. Y con las manos crispadas y el rostro desencajado, repetía sin cesar: "¡La tierra... la maldita tierra... la tierra!...". Como un alucinado.

El viento estaba amainando. Y por el hueco de la puerta se metía el resplandor macilento de la luna. Igual que aquella noche...

Afónicas sonaban las matracas de los sapos.

Trémulo, febril, terminó de vestirse. No podría haber permanecido un segundo más en cama, inerme como un muerto, sabiendo que pretendían asesinarlo igual que a su mujer y a su hija. Se sentía acosado por aquel oscuro sortilegio. Y se preparaba a pelear, a defenderse. No pensaba entregarse a nade. Así fuera el mismo diablo. Querían asesinarlo. Una fuerza misteriosa, algo sobrenatural, el destino, la fatalidad, ¡la tierra! . . . Ella había intentado aniquilarlo. Pero él lo advirtió a tiempo. Esa misma noche. Y pensaba pelear hasta el fin. La perspectiva de la lucha le encrespaba voluptuosamente la piel. Y el agotamiento y el cansancio desaparecieron. Justo se sentía joven y fuerte otra vez. Esa inmunda tierra malparida no iba a poderlo...

Ya podía empezar a temblar. La pelearía encarnizada-

mente. Con los dientes, con las uñas, pero él la vencería. ¡La mataría!...

Justo se olvidó que a pesar de todos los dolores, de todos los suplicios que él le causara, la tierra no había muerto. No recordó que había llegado a reconocerla más fuerte que él, que sus bueyes, que los árboles. Lo olvidó. Y decidió matarla. La mataría después de torturarla. La haría sufrir lentamente, cruelmente. Lo mismo que ella había querido hacerle.

Sí. ¡Él la mataría!...

Anhelante, excitado, se había echado al patio. El resplandor de la luna le dió en el rostro. Sus ojos desorbitados, tenían el mismo brillo vidrioso que los de un perro muerto. Y su boca se torcía en juramentos e insultos.

Corrió hacia el galpón en sombras. Un segundo después reapareció blandiendo el azadón agresivo sobre su cabeza. Corriendo llegó hasta el medio del patio. Y se encaró con el suelo, el suelo de tierra. Y mientras lo pisoteaba y escupía, blasfemaba...

Todo culminó en una carcajada histérica. Una carcajada entrecortada por su jadeo al descargar el azadón sobre la tierra. Y cuando la alarma de los perros dejó de ladrar, de lejos, de atrás de la noche, llegaba el canto nostálgico de una tonada nativa:

"¿Han visto llorar la parra
cuando le cortan la poda?"...

Flotaba en el silencio.

"...Así lloran los amantes
por el bien que tanto adoran"...

Justo debió oírla, porque como si se sintiera burlado por la misma tierra, siguió destrozándola con más ímpetu, machacándola. Frenético proseguía su furor incontenible. Y cada vez que clavaba el azadón mascullaba agitado, más bajo cada vez:

—...¡tóma!... ¡tóma!...

"¿Han visto la flor secarse
cuando el riego se le quita?...
...Triste penosa y marchita
luego empieza a deshojarse..."

De lejos seguían llegando los lánguidos acordes de la guitarra y aquellas endechas tristes. De muy lejos. Como desde el fondo de la tierra...

IX

Loco.

Se había vuelto loco. Y se retorcía y se revolcaba en el suelo. Y tiraba dentelladas rabiosas, desesperadas, como defendiéndose de algo, de alguien que lo atacaba. Invisible.

¡Gualichu!... ¡Gualichu!... *

El *chesche* se había vuelto loco. Y agitaba las patas hacia arriba. Frenético. Como galopando. Como si su mundo se hubiese volcado. Y bramaba, gañía igual que un perro apaleado.

¡Gualichu!...

Se había vuelto loco. Violentos espasmos le fruncían la panza sumida como si se la tironearan por dentro. Y entonces contraía el belfo. Y largaba una babasa espumosa y verde. Y seguía como galopando enceguecido...

Era de noche. Plena noche. La Silveria le había puesto fuego a un matorral cercano de *jarillas*. Y el resplandor crepitante borroneaba siluetas torturadas sobre la arena inmóvil.

Nahueiquintún zamarreaba su desesperación impotente alrededor del caballo enloquecido. La zamarreaba en los puños apeñascados. Porque su rostro era el de siempre: una máscara angulosa de tierra. Impasible.

* El diablo.

Temerosos, impresionados, todos seguían las trágicas cabriolas. Brillaba la superstición en sus ojos.

¡Gualichu!... ¡Gualichu!...

Y aullaban los perros.

Agotadas las fuerzas, el animal enfermo se detuvo. Y sus patas, un instante indecisas en el aire, desorientadas, se desmoronaron. Cayeron de golpe como hachadas, sobre su pobre osamenta. Pesadamente cayeron. Y el *chesche* quedó ahí, inmóvil, sudado. Montón jadeante de pellejo y huesos.

¡Gualichu!... ¡Ganó *gualichu!...*

Y luego del trémulo bisbiseo, sólo se oyó el chisporrotear de la *jarilla*. Por un momento. Después, goteó espeso el dolor contenido de *Nahueiquintún*.

—¡Mi *chesche!...* ¡Gran puta!... ¡Mi *chesche!...*

—Ta *gualichau...* ¡Cruj' diaulo!... —dijo medrosa la Silveria.

—¡*Gualichau!...* —repitió *Nahueiquintún* como en sueños—. *¡Gualichau!...* —volvió a repetir pensativo, mirándolo. Y de repente, con energía desconocida pidió, ordenó.

—¡Iá... vamo'a levantarlo!...

La Silveria y los hijos lo miraron espantados.

—¡Ta *gualichau!...*

Y sin oírlos, *Nahueiquintún* repitió para sí:

—Esu'es... a levantarlo... Vamo'a levantarlo...

El *chesche* seguía acostado, como muerto.

—Bueno pué... pechenlón!... —ordenó mientras se prendía del cabestro.

La Silveria y los hijos continuaban mirándose despavoridos.

—*¡Gualichau!...* ¡Ta *gualichau!...*

Nahueiquintún explotó. Pero sin alterarse.

—¡Puta la mujer floj'está!... ¡Parenlón mierda!...

El otro grito, violento ya, los obligó a arrimarse al caballo engualichao. ¡A tocarlo!... ¡A empujarlo!...

Buen rato estuvieron forcejeando. Sus pobres fuerzas menguadas por el viejo ayuno se doblaban, crujían, se enterraban hasta las rodillas en la arena.

Y la tanto tiempo desaparecida furia india de *Nahueiquintún* se desató en insultos y amenazas.

El *chesche* se levantó solo. Penosamente. Y cuando la desesperación, los puños de *Nahueiquintún* comenzaban a desanudarse, volvió a caer. De golpe. Un temblor violento lo sacudió, y volvió a caer. Se desplomó secamente, con un ronco gruñido, despatarrándose en el suelo. El *chesche.*

—*¡Gualichu!...* ¡Venció *gualichu!...* —estalló el terror supersticioso de la Silveria Sosa santiguándose. El mismo terror le mordió los garrones a los muchachos que se desbandaron entre las sombras. Detrás, los perros. Y la Silveria, y su renguera.

Nahueiquintún se quedó solo. Con el *chesche.*

Y el ojo rojizo de la luna comenzó a espiarlo desde el horizonte...

Amaneció de pie, pero muy decaído. Con los ojos hinchados, afiebrados. Y los huesos más nítidos. El caballo amaneció de pie. Muy triste. Como el mismo *Nahueiquintún* que estaba sobando la *guatana* en la puerta del rancho, sin quitarle los ojos de encima. En cuclillas.

—¡Creo que Dios no'stá jugando nada bien conmigo!... —refunfuñó agobiado—. De balde le pido que me sane'l *chesche*... de balde... y pa pior la *remesa* que no iega... y Él tiene la culpa... Él sabe bien que se me apareció el *pichiciego*... ¿No sé qu'es lo que quere?... matarme de pena, será... Ni aguardiente ni caballu...

Y la Silveria, siempre en cuclillas:

—Hasta quí'ora esperaré pa comer... Virgen Santísima... esa *remesa* no va' venir nunca... Si al menos tuviera un puchito... ¿Porqué no ví si pilláj'un *choique* pa que la Cuncuna lo cambée...

—¡Dejemé soplar la *trutruca!*...

—...pa que la Cuncuna lo cambée por *pitrén?*... todo el santo día loj'oigo silbar po'el bajo'el río...

—¡Con qué caballu quedrá que salga!... —rezongó *Nahueiquntún*— ...vé que'l *chesche* ta pior... Y ió no soy capá' de caminar dos paso sin caerme... si parece que'l suelo se m'escapara d'entre los piese... Creo que sino consigo un caballu...

—¡Dejemé soplar la *trutruca!*... —insistió el *Cuchapil*.

—...no vía poder dar un paso máj'en mi vida... Si el Gobiernu'biera cumplío... ¡Pero qué!... nunva tuvo palabra... Cuantito divisen a *Pichicalquín* le 'icen nomá... toy siempre dispuesto pa salir a maloquiar... ¡Caraju!... Ni caballu siquera...

—Dejemé soplar la *trutruca*... —distraído, mientras le hurgueteaba las orejas a un perro en busca de garrapatas.

—Jesús con mi suerte negra... Iá qué'l Gobierno nu'a cumplío, Dios debría ocuparse alguito más de nojotro...

prestarnos má' atención... Siempre pienso que tal vej'esté un pocu'enojau con nojotro... a lo mejor lu'emos ofendío... ¿Por qué no le hacís un *Quillatún?...*

—¡Dejemé soplar la *trutruca!...* — y *Cuchapil* seguía arrancando las garrapatas y tirándolas al fuego donde estallaban.

—¡Ave María con el *chichón* éste!... salí de aquí, sonso... ¿Por qué no le hacís un *Quillatún?...* —insistió la Silveria.

—¡Tá la mujer ésta!... hora querís un *Quillatún...* ¿Diande sacamo' una niña virgen?...

—Bienhaiga... ¿y la Cuncuna?...

—¡La Cuncuna!... —parodió burlón *Nahueiquintún.*

—¡Virgen mía!... ¿y con quén?...

—¡Ú, con quén!... —repitió molesto, herido en su orgullo. La Silveria lo advirtió.

—Tal vé Dios no se aperciba...

—Lo que ió 'stoy teniendo es bastante sé... —cambió *Nahueiquintún*—. Chei... ¿por qué no se fijan si ferbentó la *cuerada* iá?...

A la hora de inútil espera, decidió levantarse él. Con una mueca de sufrimiento. Dolorosamente se columpió sobre las piernas torpes, hasta un cuero de yegua plantado en cuatro estacas. Plantado al rayo de sol, bajo una nube de moscas. Se arrimó, y observó el líquido maloliente, espeso de frutitas de *molle* y de *quinco,* y de pedazos de cuero crudo descompuesto por el largo remojo. Burbujeaba apenas. Metió la mano y ávido probó.

—¡Púuuj!... agua nomáj!... Estos muchacho no me haberán hecho caso... ¡Chei!... ¿y las miada di'ustede?...

—¿Ah?... ¡áhi'stán!...

—¿Aquí adentro?...

—¡Há!...

—¿Y cómo que'sto no ferbenta?... Santo Dió... tanto acarriar agua al pedo... ¡y de tan lejísimo!... Dios debiera mirar ésto... ¡gran puta!... Toda las desgracia' juntas... ni caballu siquera...

X

Juan de Dios caminaba consternado entre las hileras. Descalzo. Había saltado por los tapiales del fondo de las viñas. Hacía varios minutos. Y a pesar de las ansias que traía de llegar, se paraba frente a cada árbol, a cada cepa. Los miraba como por primera vez. Tocaba las hojas mustias y los granos arrugados, envejecidos en pleno crecimiento. Y el llanto le rayaba la cara.

Estaba atontado. Las viñas agonizaban. Agobiadas de racimos, rebosantes de savia semanas atrás, ahora agonizaban. Hasta los pájaros parecían tristes.

Era temprano. El sol se estaba trepando por el horizonte.

Al pasar había visto la hijuela rebalsando agua. Y ahí, a pocos pasos, la tierra y las plantas se morían de sed. Tuvo impulsos de correr hasta el *comparto* y abrirlo para que el agua se metiera por los surcos. Al padre debía ocurrirle algo grave para haber abandonado de esa forma sus viñas. Algo muy grave.

Desde que salió de *Las Vizcacheras*, vino meditando en cuánto le había sucedido. En todo lo que iba a decirle al padre. Un día antes no hubiera sabido qué excusa buscar. Le cayó muy a tiempo la noticia que le dió Anacleto Sosa.

Pero nunca imaginó tan grave la sequía. Esas tierras llevaban más de dos semanas sin beber. Casi desde el día en que se había ido de la casa. Si eso no hubiera pasado podría haber seguido ayudando al padre, y la cosecha no se hubiera atrasado así. En cambio ahora... De cualquier manera estaban a tiempo. Él ya se había casado con Cuncuna... es decir, ya había dormido. Al principio se negó a hacerlo, porque esa unión no había sido bendecida por Dios. Pero cuando la muchacha le previno que hasta fin de año no pasaba el *padrecito,* empezó a cambiar de parecer. Sin embargo aún porfió. Alegaba que eso no estaba bien, que no era cristiano. Pero finalmente consintió, cuando Cuncuna le dijo que sus tatas se casaron el mismo día que el *padrecito* les acristianó los primeros siete hijos. Se tuvo que conformar con prosternarse delante de la suegra y recibir su fría bendición. A él le pareció ridículo, sacrílego. Sabía que los únicos autorizados para bendecir eran los curas. Y se hizo el propósito de borrar ese pecado mortal tan pronto viera a uno. Claro que en realidad la culpable era Cuncuna. Ella se lo pidió a la madre. Ella le dijo: "¡Échenos su bendición, pués *Pay!...*" Y lo tironeó a él de la manga para que se arrodillara a su lado. Y se casaron así. En medio del arenal ardiente y la indiferencia desparramada por el suelo de toda la familia...

Esa noche, se acordó continuamente de la tarde en que le echó arena a Cuncuna en las piernas. Se acordó porque tuvo que dormir con todos en el mismo rancho estrecho y pestilente. Con todos, y los perros. Y también porque al suegro se le ocurrió acostarse entre los dos. Él se negó al principio. Pero tuvo que acceder. Y quedó horas interminables

soportando el aliento corrompido del viejo, para evitar que se diera vuelta...

Acompañado por Cuncuna, pasó dos veces junto a las tapias de la casa paterna. Pasó hacia *Corocorto*, cargado de *patay*. Y lo tentaba el deseo de entrar y cortar fruta y llenarse la camisa. En pocos días, el hambre le había enseñado a cortar las vainas de algarroba, sin que las espinas le desgarraran las carnes. Le había enseñado a pelearse con el hambre de los burros *baguales* y los chivos. Los frutos del algarrobo eran el único alimento de aquellas bestias. Aunque las cabras también se comían el retortuño y hasta las espinas...

Juan de Dios ya sabía majar la algarroba en el mortero de piedra. Y con la masa pegajosa y hedionda hacía la *añapa*. Y había aprendido a fabricar el *patay*. A escondidas le había enseñado Cuncuna. Se pasaban las horas entre el monte, lejos del rancho, al rayo del sol, esperando que se secara en los moldes de madera para llevarlo a vender a *Corocorto*. A la plaza de *Corocorto*. Y poder comprar algo para comer...

No se avenía sin embargo a esa vida mezquina, extremadamente miserable. Sus zapatillas habían quedado deshechas en la huella, luego del primer viaje a *Corocorto*. No había podido comprarse otras. Y aún no conseguía que sus pies se olvidaran de ellas. Sentía asco además, por las *vinchucas* que pululaban en las *quinchas* del rancho. Una noche muy clara, al despertarse, vió que Cuncuna tenía dos de esos bichos negros en un ojo, junto a la nariz, sobre el lagrimal. Le entró tal desesperación que de un golpe las reventó. Y Cuncuna se despertó gritando, salpicada la cara de manchas gruesas y oscuras.

Tampoco podía acostumbrarse a dormir en el suelo, con los perros. Como los perros. Él los echaba. Pero al rato, cuando lo vencía el sueño, volvían. Y entre dormido los sentía. Tenía pesadillas. Y despertaba rascándose frenético... Días le duraban las ronchas que le dejaban las pulgas.

Lo único grato que probó en el rancho, había sido un chivo muy blando. Pero lo vomitó en seguida, con gran pena, y quedó más vacío que antes. Después se enteró que se lo habían arrebatado a los *jotes,* entre el monte.

Al principio no podía ni ver el *charqui* de burro. Reseco, salado. Había divisado, colgadas al sol, esas tiras de carne negra. Pero desde que comenzó a no haber otra cosa que algarroba...

La carne de *choique* le daba mucho asco. Y los *tunducos* y los *quirquinchos* que allá a las cansadas traía Anacleto Sosa. Nada sin embargo, lo descomponía tanto como Anacleto Sosa. En ningún momento había podido mirar ese pellejo que le colgaba del cuello como buche. Pero al principio solía charlar con él. Cuando lo encontraba entre el monte. No porque le interesaran las sandeces que decía, ni porque estuviera aburrido, sino porque le divertían sus pitidos. Esos silbos sorbidos que le llenaban el *coto* y se entremetían en sus tartamudeos sin que pudiera evitarlo. A veces, alguna estridencia mayor lo sobresaltaba al mismo Anacleto que enmudecía, fugazmente animados sus ojos estúpidos. Y cuando el silbido se prolongaba sobre su silencio, era tan ridícula su desesperación que Juan de Dios estallaba en carcajadas. En vano el pobre idiota fruncía empecinado la bocaza. El muchacho evitaba mirarlo. Prefería dirigir la vista a cualquier parte. Las contrac-

ciones de ese buche fláccido lo impresionaban como una víbora encerrada en una bolsa... Se le hizo intolerable después que Cuncuna le contó que ese *coto* se le había formado por tomar agua sucia...

Debido a esas cosas era que había venido pensando pedirle al padre que le permitiera volver. Seguramente no se negaría. Más, sabiendo que él se había casado y que tal vez en pocos meses lo haría abuelo. Aunque no estaba muy seguro de que al padre le agradaría conocer esto. Nunca había demostrado simpatía hacia los niños. Ni por los propios siquiera. Juan de Dios no guardaba un solo recuerdo de una caricia o un beso suyo. Tampoco de la madre. Tal vez ella sí se hubiese emocionado. Pero en el padre lo dudaba. Le diría nada más que ya se había casado. Que deseaba volver para seguir ayudándole a trabajar la tierra. Cuncuna podía amasarles el pan y hacerles la comida. Claro que tendrían que enseñarle. En la casa había varios alimentos que no conocía. Pensaba decirle además que Cuncuna estaba dispuesta a lavar la ropa. Aunque la de ella no lucía muy limpia, sabía preparar lejía de ceniza de *jume* y jabón con las frutitas del *quillo*. También podía limpiar la casa y darle de comer a las gallinas y los chanchos, y llevar a pastar la majada, y echar las cluecas... Intimamente no estaba muy seguro de que Cuncuna quisiera hacer todo eso. Pero pensaba que mientras más le prometiera al padre, más seguridad había de que aceptara.

Los gruñidos y las cabriolas de los perros, lo sacaron de sus pensamientos. Ni bien doblara el recodo, ya estaría frente al patio de la casa. La soledad y el silencio eran impresionantes, sin embargo. Ni un cloqueo siquiera. Lentamente se fué

arrimando. Temía. Los perros no cesaban de saltar y hacerle fiestas y lamerle las manos. Pero un segundo después, se contagiaron de su estupor.

Juan de Dios semejaba una piedra ante el patio en ruinas. ¡Eso era propio del ensañamiento de un loco! La tierra machacada, triturada, deshecha; el jardín pisoteado, arrasado; los pilares del corredor tirados en el suelo, profundamente socavados se habían caído, y el techo de caña y barro colgaba inútil a media altura. Parecía que habían querido, además, incendiar la tierra. Quemarla. Porque la ceniza blanqueaba entre las *champas* y terrones y restos de leña carbonizada...

Lejos, yacía un azadón con el mango quebrado...

En todo flotaba un abandono desolador. Y en los rincones del corredor, contra las puertas, el viento había amontonado hojas y flores secas. ¡Pero no corría viento desde hacía tres semanas!... ¡Desde la misma noche en que él se fué!... Y la convicción de que al padre le ocurría algo grave lo agobió. Muy grave debía ser para que todo estuviera así. Y ahuyentando sus malos presagios, sus propios temores, Juan de Dios lo llamó. Tras cada grito, los perros erguían las orejas y disparaban hacia ninguna parte. Y se atropellaban y tarasqueaban el aire con pretensiones de cazar el eco. Espaciados siguieron los reclamos aguardando respuesta. Y el silencio era sólo turbado por la alarma de las gallinas y el parloteo de las catas.

Quemaba el sol.

Al entrar en la cocina, vió con sorpresa rastros frescos sobre el polvo de las baldosas. Terminaban frente a una de las piezas. Debían ser pisadas del padre. El pobre viejo en-

fermo se levantaba a buscar qué comer, sin duda. Juan de Dios sintió honda tristeza. Y se culpó duramente por haberlo dejado. Se acercó luego a la puerta por donde desaparecían las pisadas e intentó abrirla. No pudo. Debía estar con tranca por dentro. Le extrañó un poco. El padre nunca acostumbraba trancar las puertas. Nunca habían desconfiado que se metiera nadie a robarles. Los lugareños vivían con la miseria hasta los ojos, pero jamás se atrevían a tocar nada ajeno. La enfermedad habría originado en el padre ese hábito. Y convencido de que la puerta estaba trancada, Juan de Dios comenzó a golpear con los nudillos. Suavemente al principio. Y a medida que la angustia lo estrujaba, los golpes tomaban reciedumbre de mazazos. Sólo contestaba el remedo burlón del eco. Hasta que lo amordazó aquella voz iracunda.

—¡Basta ya, me cago en Dios! . . . ¡Basta! . . .

—¡Padre!... ¡es su hijo!... ¡Juan de Dios!... ¡Juan de Dios! . . .

—¿Mi hijo? . . . —repitió zumbona la voz. Y una carcajada extraña repercutió en la casa—. ¿Quién es el hijo de mala madre que se atreve a mentar a mis muertos? . . . ¿a mis fantasmas? . . . ¡quién! . . . ¡Sí, bastardo! . . . ¡véte con la tierra que te compró!... ¡véte... bastardo!... ¡bastardo!...

El silencio volvió a apoderarse de la casa ruinosa. Cabizbajos, los perros siguieron un buen trecho al muchacho. Plena siesta. El cielo era de cobalto . . .

XI

—Muy mucho 'tá tardando *Pichicalquín*... iá tendría qu'estar aquí iá... él sabe que ió lo espero... di'un galope tamoj'en Corocorto y po'un tiempo no los va faltar aguardiente... po'un buen tiempo...

—Dejemé soplar la *trutruca*...

—Me cago en el muchachito jodidu'éste... dale con la *trutruca*... pa que *Cuchauéntru* los mande otra desgracia... no tenimos bastante iá... El Gobierno que no cumplió su promesa... ese sucio Gobierno nunca ha tenio palabra... Y Dios que agarrau hacerse'l sonso con nojotro...

Con el estío, avanzaba la tristeza del viejo *Nahueiquintún*. Ahora, por las mañanas, acoquinaba su nostalgia detrás del rancho. Solo, mustio. Y permanecía horas con los ojos turbios perdidos en la lejanía, dilatadas las chatas narices como si el olfato lo arrimara a las montañas.

Seguía sobando la *guatana*...

Era la época en que la tribu cazaba. Para ese tiempo sabían talonear su bravura por las ásperas crestas cordilleranas. Y la echaban a galopar, delirante de alaridos, por entre riscos, abismos y despeñaderos. Su bravura desbocada bajo los revoleos sibilantes de las *boleadoras*, detrás de las presas aterradas. Y después de cinco o seis semanas bajaban a los *toldos* hartos

de locura, orgullosos de las heridas y los huesos quebrados que traían; hediendo a carne podrida; cargados de pieles de *luán* y *chulengos*. Pero ahora. . .

Y *Nahueiquintún* seguía sobando su tristeza. . .

Ahora estaba condenado a mirar siempre el mismo cielo. . . la misma tierra. . .

—Ni caballu siquiera. . .

Opacos los ojos, con la cabeza y las orejas gachas, el *cheche* seguía secándose. . .

Con el calor de esa tarde, la *cuerada*, fermentó. *Cuchapil* descubrió el denso vapor pestilente que comenzó a alzarse por entre el mosquerío. Y lanzó el grito. Pero él no fué.

Todos corrieron dejando abandonada, echada ahí en la arena, su flojera. Corrieron a ubicarse en cuclillas en torno a la *cuerada*. Hasta Anacleto Sosa, el viejo *cotudo* que se pasaba la vida en el monte buscando *tunducos*. Y los perros.

Cuchapil no fué.

Fermentaba la codiciada *chicha*. Y en los pedazos de cuero que flotaban sobre el líquido revuelto, bullían los gusanos blancos. La avidez de los ojos sólo se apartó de ellos cuando *Nahueiquintún*, sofocado por el ansia, se tomó la primera ollada sin respirar. Fué la señal. Las viejas hambres se avalanzaron enceguecidos. Y a manotazos se disputaban los gusanos en medio de un chapoteo y hostiles gruñidos de perros atragantados. Las viejas hambres. Después bebieron las manos, los ojos, las narices, chorreando, embadurnándose. Las bocas chapaleaban. Y se peleaban a dentelladas y rodaban salvajemente prendidos de las mechas.

Pronto la Silveria Sosa comenzó a reírse. Y arreciaron los silbidos del *coto* de Anacleto. Y las carcajadas indias, esos gritos monótonos, entrecortados, doloridos.

Los más chicos salieron arrastrándose trastornados, revolcándose bajo los vómitos con que los grandes aliviaban el hartazgo para volver a llenarse, y otra vez lo mismo. Lo mismo que los *jotes*.

Entonces eran los perros los que se peleaban.

Juan de Dios corrió horrorizado hacia el monte, tironeándole la mano a la sed incontenible de Cuncuna.

Cayó la tarde.

De la *chicha* sólo quedaba un fango movedizo por el fondo del cuero.

Oscurecía cuando se oyó el lúgubre graznido agorero. Ladraron los perros asustados. *Nahüeiquintún* y la Silveria se movieron inquietos en el suelo.

Insistió el graznido en la inmensidad de la noche.

—¡La *trutruca!*. . . —balbuceó el viejo con voz pastosa, tratando de incorporarse.

Su alarma consiguió ponerlo de pie vacilante sobre su borrachera, cuando aquel ronquido quejumbroso volvió a repetirse.

¡La *trutruca!*. . . ¡La *trutruca!*. . .

Era el alarido sagrado que convocaba a las tribus. El clamor guerrero que las lanzaba al malón aturdidas por el frenesí polvoriento de los galopes, gritos, ladridos, relinchos. . . ¡La *trutruca!*. . . Muchas lunas había permanecido muda, arrin-

conada en la penumbra del rancho. Pero ahora... La corneta asmática volvió a toser.

—¡*Malón... malón!...* Ahí'stá *Pichicalquín... Malón!...*

Y ante la sorpresa de la Silveria Sosa, idiotizada, intoxicada por el alcohol, *Nahueiquintún* se tambaleó trastabillante hacia la entrada del rancho. Y arrancó a la lanza de su largo sueño. Fácilmente la arrancó con la fuerza del salvajismo resucitado. Y apedreando a la noche con sus gritos, sus viejos gritos belicosos, corrió hacia el caballo. Corrió hacia su *chesche,* firme la lanza enristre, como en los tiempos de la tribu. Y como entonces la corneta sagrada de *Cuchauéntru* seguía llamando...

¡*Malón... Malón!...*

Tarde ya por la mañana, lo encontraron a *Nahueiquintún.* Desvanecido. El choque debió haber sido brutal. Lo encontraron entreverado con el cadáver del *chesche.*

Todavía chorreaba la sangre mezquina por el boquerón que le había abierto el lanzazo.

Lejos, entre el monte, el *Cuchapil* seguía soplando la *trutruca...*

XII

Dificultosamente, agarrándose de los alambres y las cepas, se puso de pie. Jadeaba. Y se apoyó de espaldas en la hilera para llevarse las manos a la cara. Un instante después sus ojos se dilataban como si hubiese tocado un cadáver. Ni una exclamación. Detenido el aire en sus fosas crispadas. Tensas las manos como garras. Los breves movimientos bruscos del cuerpo presagiaban otra caída. Y Justo volvió a desaparecer. Se oyó el chicoteo de sus manos contra el suelo. Y ahora sí, un juramento, una risa sorda, amenazante. Un bramido. Demoró en levantarse, transfigurado. Y tuvo que volver a apoyar sus resoplidos en la hilera.

Noche preñada de rumores y grillidos...

Se apartó de la viña. Buscó el centro del surco y se echó a correr velozmente. Corría con los brazos por delante lo mismo que un ciego.

Poco tardaron en restallar sus juramentos y sus risas. Despavorido corría por la densa oscuridad. Igual que un fugitivo. El suelo debía estar resbaloso porque Justo se dislocaba tratando de mantenerse en pie. Su rostro era una mueca jadeante. Y las rodadas y las risas se hicieron más frecuentes. Pero él seguía. A veces se debatía como un perro cansado. Se le oía chapotear su desesperación en el barro, masticando blasfemias,

El mismo calor del cuerpo le iba secando la capa untuosa que lo cubría. Y angustiado, sentía que esa tierra se le prendía de las carnes. La sofocación comenzaba a ahogarlo. Y ya al respirar boqueaba igual que un moribundo...

Torció su marcha, corriendo sobre un callejón cada vez más enlodado. Ahora iba en dirección al *comparto*. Al *comparto*. La fuerza de la correntada tenía que haberlo roto. Con sus penumbras Justo sospechaba que la correntada lo habría roto... la fuerza de la correntada. Y al repetirlo incesante, el furor aumentaba su extravío. La tierra moribunda podría revivir... reviviría. Y estaba seguro que nuevamente trataría de asesinarlo. En cualquier momento... por la espalda... otra vez intentaría matarlo. Alguien debía estar ayudando. Alguien estaba ayudándole a la tierra. ¡La maldición!... la maldición de *Ayllá!*...

Era el único recuerdo que sobrevivía en el cerebro embotado de Justo. Como si estuviese clavado en su mismo ser. Y la obsesión lo martirizaba. Su rencor, ese odio primitivo se había exacerbado por la sorpresa. Y debía sentir reavivado su encono, sus ansias de seguir peleando, de volver a matar la tierra...

Llegó oprimiéndose el cansancio con las manos. Y se detuvo vacilante devorando el aire. Intentó mojarse los labios resecos, pero escupió asqueado. Y volvió a hacerlo cuando pretendió pasarse el dorso de la mano. ¡Barro!... ¡Todo barro!... Justo sorbió una honda bocanada como para juntar sus últimos arrestos, y tambaleante se largó a trepar por el alto bordo de la hijuela.

Nítido, se oía el canturreo del agua.

Pasaron algunos minutos antes que aquella máscara prorrumpiera en risotadas, en blasfemias. Después rodó vencida, fulminada. Se retorció convulsa, mordiendo el fango. Y quedó inmóvil.

Desde que Justo acosado, trastornado por la soledad, descubrió que todas sus desdichas habían sido causadas por la maldición del indio *Ayllá,* juró destruir la tierra. A esa tierra asesina que había matado a su mujer y a su hija, que había robado al hijo. Y que estaba tratando de matarlo a él, de aniquilarlo. Y dominado, enceguecido de golpe por esa obsesión torturante, olvidó sus proyectos, sus sacrificios, sus ambiciones. Esas ambiciones por las que había venido luchando sin tregua. Por las que se había doblegado ante una tierra bárbara, embruteciéndose, humillando su desprecio y su orgullo. Por las que había asesinado...

Semanas antes su vida estaba pendiente de las viñas, de los racimos apeñuscados de granos. Sufría la sed de ellos. Y como ellos gozaba el agua que corría por los surcos. En un tiempo más, sus ilusiones, penosamente abonadas, iban a poder cumplirse. Absorbido por esas ansias, no lamentó la muerte de su mujer y su hija. Aunque le echó la culpa a la tierra. A la misma tierra repudiada de la que se alimentaban con angustiosa lentitud sus ilusiones. Y pese a todo, siguió privándose de dormir por regarla. Y hasta llegó a robar. A robar agua... Después la tierra fué un solo secadal sediento. Las viñas se acababan agostadas. Y con ellas, las uvas verdes aún. Y la cosecha que en poco tiempo más hubiera sido fecunda, cada día era más lejana.

Justo se pasaba el día encerrado en la casa derruída. Y la penumbra iba terminando de infiltrarse en su cerebro, poco a poco. La misma penumbra de su cuarto. Con la noche se lanzaba entre las hileras mofándose de la tierra. Tanto la vilipendiaba, que en su presencia parecía recuperar la facultad perdida. A veces la martirizaba rociándole agua que la tierra afiebrada chupaba ávidamente. Él percibía los chupones imperceptibles, desesperados. Y fingiendo dulzura le ofrecía más. Y al engañarla gozaba un placer enfermizo, y reía. El mismo placer que al hurgarle las grietas, al lastimárselas como si fueran llagas, hasta hacerlas sangrar. Él las veía sangrar y comenzaba a notar los sufrimientos de la tierra. Y sádico, insaciable, aun sentía necesidad de golperla, de maltratarla. Por fin, igual que un brujo en trance, veía que la tierra se convulsionaba moribunda. Nítidos veía sus espasmos agónicos. Y entonces la increpaba blandiendo los puños:

—¡Sufres ahora maldita!... ¿Por qué no me matas?... ¡Anda, mátame... mátame!...

Y su risotada seguía estallando entre los viñedos marchitos toda la noche...

Un atardecer, con luz todavía, Justo destrancó la puerta y largó su furor al patio. Demoraba en habituar los ojos, y se agazapó para seguir los revoloteos de unos pajarracos. Al fin prorrumpió en juramentos con los puños en alto. Y como esperando que cayeran, los perseguía tenaz por el patio cribado de pozos. La demencia no había terminado de poseerlo, entonces.

Ayllá, el viejo araucano, le había contado que cuando las *chuñas* cantaban en el cielo, anunciaban lluvia. Esa tar-

de cantaban. Y si llovía, la tierra iba a poder beber hasta hartarse. Iba a revivir...

Enajenado, tremebundo el gesto, seguía amenazándolas e imprecando al cielo. Y el cielo parecía burlarse con la misma carcajada ronca de las *chuñas.*

No llovió...

Aquella noche Justo había salido como de costumbre a recorrer los viñedos mustios. A solazarse con el sufrimiento de la tierra sedienta, a respirar el olor de su carne moribunda. No pudo ser. Ahita de agua, la tierra no suplicaba, no gemía. Reposaba en silencio. Y en el paroxismo de su locura Justo corrió revolcándose en el lodo hasta llegar a la hijuela. Corrió acuciado por la sospecha de que el agua había roto el tapón para meterse en sus viñas. Y empezaba a odiar también el agua. Alcanzó a llegar con restos de energías. Y antes de desplomarse con sus risas y blasfemias, vió que el pie de gallo no estaba en el *comparto*... ¡No estaba!... Alguien tenía que haberlo sacado... Una persona, no el agua... El agua no tenía manos para subir a la orilla ese trípode de gruesos troncos, y la bolsa con piedras ahí colgada... ¡Mucho menos para haberlo dejado en pie!... No ¡No tenía manos!... Febrilmente se le ocurrió todo eso como si la conmoción lo hubiese despejado. Pero fué un chispazo lúcido. La cerrazón volvió a abatirse sobre su cerebro.

Cuando comenzó a forcejear como tratando de liberarse de los brazos de la tierra, salía la luna. Excitado consiguió incorporarse al fin. Su brumosa figura de barro oscilaba indecisa sobre las piernas abiertas. Y se oprimía la

cabeza como para aliviar ese dolor que le torturaba el cerebro. En vano. Su único pensamiento seguía siendo la tierra... Trataría de asesinarlo otra vez... En cualquier momento... ¡Por culpa de alguien! ¡Eso era!... Porque alguien la había ayudado. ¡Y viva y fuerte, otra vez intentaría asesinarlo!... La tierra.

En sus largos desvaríos nocturnos Justo había visto que la tierra no mataba a las plantas. Eran éstas quienes se despojaban de su savia, de su propia sangre, para calmar la sed de la tierra. Y él seguía con despecho esa agonía prolongada, lo mucho que tardaba en morir.

Ahora, en momentos en que de pie trataba de orientarse, golpeaba sus sienes con los nudillos, y se reía, se reía. Debía estar dominado por un gran temor, por un extraño sentimiento. Acaso pensara que las viñas, las uvas, nuevamente repletas de agua, volvieran a prolongar la vida de la tierra. Quizá, en todo ese interminable tiempo en que la tierra resucitada seguiría amenazándolo. Pero lo más probable era que en su interior no existiese nada más que la obsesión, la inquietud. La misma vieja incertidumbre tan aferrada a él como su propio pellejo...

Igual que un borracho, se movió luego hacia donde estaba el pie de gallo. Tenía que volver a ponerlo en la hijuela... Para que el agua no siguiera entrando... no siguiera entrando... Y mientras pugnaba inútilmente por mover los troncos, seguía repitiendo las mismas cosas. La tarea no era fácil. Aquellos troncos tenían más altura que su cabeza: la bolsa estaba llena de piedras, y Justo carecía casi de fuerzas para estar en pie. Sin embargo lo hizo. Y metido

después hasta el vientre en el agua, arrancó *champas* con las uñas hasta tapar el último resquicio. Con el choque del agua helada reaccionó fugazmente. Y se le ocurrió que la próxima vez que le tocara el turno... la próxima vez volvería su enemigo... ¡Entonces podría matarlo... matarlo!...

Abandonó la hijuela chorreando agua. Dominados sus deseos de tirarse a descansar, salió tambaleante otra vez hacia la oscuridad. Otra vez caía y se levantaba. Otra vez lo mismo...

Ciñéndose el vientre llegó ese cansancio de rodillas desolladas. A la rastra. Llegó como fugitivo de una masacre. Y como si algo lo empujara, aún tuvo ánimos para ir hasta el galpón: tenía que evitar que las plantas le dieran de beber a la tierra... las plantas...

Y encontró el hacha.

Horas después, por primera vez en muchas semanas, salió al rayo del sol rumbo a los viñedos. Brillaba el filo del hacha que llevaba al hombro. Horas después...

Entre tanto, el horizonte no se decidía a aclarar...

. . . Pero
—hecha de quila y cuerno—
tan sólo la trutruca me responde:
tru, tru-trú, tru-tru-trú
truuú . . . truuú . . .
¡Y es todo lo que sabe decirme
el araucano!"

JUAN NEGRO

XIII

¡Lalayay! . . . ¡lalayay! . . . *

La impotencia desesperante de *Nahueiquintún* seguía abrazada al caballo muerto. Al *chesche.*

¡Lalayay! . . . ¡lalayay! . . .

Y cuando consiguieron arrancarlo se desplomó sobre la arena como un atado de huesos.

¡Lalayay! . . . ¡lalayay! . . .

Y se golpeaba la boca abierta en un largo sonido, igual que cuando reía. Pero ahora lloraba. *Nahuequintún* lloraba con los ojos secos: los ojos de la raza. Secos como la tierra sedienta.

Ya no pudo levantarse. Sus piernas estaban muertas

---

* No ha muerto.

como su *chesche*. Como el último de sus caballos. Y se quebraron buscando la tierra. Ahora sólo buscaban la tierra.

Lo arrastraron hasta la entrada del rancho. Y allí quedó; pero no ya en cuclillas. Quedó recostado contra la *quincha* ruinosa, largas las piernas inertes. A su lado, yacía tirada la *guatana*. Tirada como su esperanza. Como su *chesche*. Esa esperanza que lo había hecho andar sobre las piernas enfermas. Pero el último de sus caballos ya estaba muerto. Su esperanza estaba muerta. El *chesche*...

En cuclillas, junto al fuego apagado, la Silveria Sosa lloraba. Los hijos yacían tirados bajo el algarrobo. Por el monte. Tirados.

Promediaba la tortura de un día desesperanzado igual a todos... Igual a todos los días...

XIV

Esa tarde, desde que Cuncuna lo sorprendió ocultándose las alpargatas bajo la camiseta, no se le apartó más del lado. Parecía su sombra. Sospechó en seguida que estaba por salir y que regresaría tarde. De lo contrario, no estaría queriendo llevarse las alpargatas. Sólo para andar de noche se calzaba Juan de Dios. Lo aterraban las heridas enconadas de las espinas del *mancapotrillo*. Mucho lo habían hecho sufrir ya. Y sus ojos, bastante torpes todavía en la oscuridad, no le ayudaban en nada a evitarlas.

Inútilmente se esmeró en buscar argucias para engañarla. Inútilmente...

Suave declinaba la tarde de febrero. Y desde el río seco llegaba la charla gutural de las vizcachas. Durante un buen rato caminaron callados, por las arenas calientes. Como impresionados por la inmensa soledad que los rodeaba. Acaso por la tristeza desolada del paisaje. A Juan de Dios le molestaba el silencio de Cuncuna. Aunque era el de siempre: ni rencor, ni enojo. Era la melancolía, el laconismo del paisaje infiltrado en la raza. Y en ella, además, la sumisión de esas mujeres hacia sus hombres. Él lo sabía. Sin embargo no dejaba de ponerse nervioso. Siempre añoraba la tarde aquella entre las viñas. Había sido la única vez en que ella

habló tanto. En que habló. Ahora, en cambio, estaba seguro que Cuncuna no le preguntaría adónde iba. Ni ahora, ni nunca. No le recriminaría el haber intentado engañarla. No se sentiría mortificada, siquiera. Por lo menos no lo iba a demostrar. Tal ocurrió el día en que el padre lo echó por segunda vez de la casa, maldiciéndolo. Regresó tan afectado, que ella le hizo prometer que no volvería nunca más. Se lo hizo prometer sin pedírselo, sin dirigirle una pregunta. Porque aquel "Y nu'irás más, pué...", monótono, descolorido, sin vida, no alcanzó a ser pregunta. Pero Juan de Dios le vió los ojos. Los deseos, las alegrías, los sufrimientos de Cuncuna, salían por sus ojos. Sin embargo estaban siempre iguales. Él los veía distintos, de acuerdo a su propio ánimo. Por eso no quería mirarla ahora. No hubiera sabido qué decir, cómo excusarse. Tenía la seguridad de que la sangre le iba a inundar la cara.

Era un convencido de que el padre estaba enfermo. De otra forma no podría haber dejado abandonada esa cosecha por la que había venido luchando cinco años. Denodadamente. No podía haberse olvidado de sus viajes a España, tantas veces proyectados. Ni de la casa que hasta el cansancio había hablado de comprar en la villa de Mendoza. Quería alojarse en ella cada vez que volviera a ver sus plantaciones de frutales y los viñedos. En sus raros momentos de euforia, solía decir que sus viñedos iban a ser inmensos: los más grandes de América y España. Aquí la tierra no valía nada, no tenía dueños. Cualquiera podía apropiársela. Y ya que la fatalidad o la mala suerte, ya que esa misma tierra odiada lo había obligado a quedarse, pensó explotarla

hasta el fin. En hacerla explotar. Después de esa cosecha que tanto ansió planeaba conchabar gente en otros lugares y hacer plantar viñas sobre las márgenes del *Tunuyán*. Hasta donde pudiera. Tierra sobraba ¡y de qué fertilidad! Hasta los *guadales* fructificaban con agua. Era necesario, pues, no apartarse del curso del río, y sus viñedos podrían perderse en el horizonte.

Juan de Dios estaba seguro que el padre no podía haberse olvidado de todo aquello. Tampoco del carruaje y y los caballos con que pensaba viajar. Era de lo único que conversaba durante esos años angustiosos. ¡Cómo olvidarse, abandonar sus sueños, su propia vida!... Por eso él persistía en sus temores. Y no cesaba de comprometerse a continuar ayudándolo. Por más que el padre lo hubiera echado así, como lo hizo. Con seguridad aquella tarde, en aquel momento, él había sido un poco inoportuno. A lo mejor el pobre padre estaba padeciendo atrozmente y por no decirle nada... Menos mal que de vuelta atinó a echarle el agua a las viñas. Unas horas, por lo menos, habrían alcanzado a regarse. Esto tampoco se lo había contado a Cuncuna. Ella no le hubiese dicho nada, como siempre. Pero no hubiera dejado de pensar que era un tonto. Tal pensaría ahora, posiblemente, ni bien se enterara del motivo del viaje. Y eso sí le molestaba.

Calculó que esa noche le tocaba regar al padre. Y suponiéndolo imposibilitado aún, él se tranqueaba todas esas leguas para ayudarlo. Desde *Las Vizcacheras*. Nada más que para ayudarlo. Y evitarle esos otros dolores que hubieran terminado de consumirlo. Evitarle, porque pensaba arrimarse

hasta la casa después que largara el agua. Entonces le daría la sorpresa. Le anunciaría que vez pasada también lo había hecho. Ya que, con seguridad, el padre debía ignorar todavía que el riego anterior no se había perdido íntegro; que la cosecha no se había atrasado tanto. Iba a ir después a la casa, a decírselo. Se lo iba a anunciar desde afuera, sin pedirle que le abriera la puerta. En cuanto se enterara de la buena nueva, Justo le abriría, sin duda. Y quizá lo invitara a sentarse junto a la cama. Y le preguntaría cómo estaba. Y cuando él le contara lo del chivo y las *vinchucas,* y los vómitos de la *cuerada,* el padre le diría que volviese a la casa. ¡Le ordenaría!... Con Cuncuna, claro, porque era su mujer. Y además podía lavarle la ropa y hacerles la comida...

Durante todos esos días, Justo no dejó de repetirlo. Se adormecía diciéndolo. Y cuando despertaba sobresaltado, seguía murmurando. Afiebrado. Tal vez no recordaba por qué. Pero él sabía que la próxima vez que le tocara el turno... ¡la próxima vez volvería su enemigo!... Y entonces podría matarlo... ¡matarlo!... Sabía porque no logró dejar de repetirlo un solo instante. En ningún momento lo había abandonado ese pensamiento. Lo perseguía, lo acosaba. Y en su extravío, no podía explicarse por qué. Tal vez lo recordaba de noche, cuando salía a pasear entre los viñedos y percibía el olor de la tierra húmeda aún... Entonces debía acordarse. Y el furor retornaba a sus ojos y a sus manos. Y otra vez aquella absurda risa.

Poco después del anochecer, destrancó la puerta del cuarto en que pasaba encerrado. Fué hasta la cocina donde

devoró, a oscuras, algunos pedazos rancios de fiambre, rodeado por las pupilas tristes de los perros famélicos. Al salir, los apartó a puntapies.

Faltaban algunas horas todavía. Pero él no sabía ya de tiempo. Se echó el viejo mosquete al hombro. Y se largó a andar hacia las viñas. Parpadeaba su locura sobre la maraña de la barba negra. Y parecía contento. Sus largos monólogos incoherentes ahora tenían párrafos íntegros de carcajadas.

Las siluetas mustias de los árboles estaban incrustadas en el cielo transparente de la noche. Noche calurosa con luces de luciérnagas.

Ágil caminaba ese espectro harapiento, sobre la tierra otra vez demacrada y sedienta. Aunque no muerta. Bajo la gruesa costra del barro arrebatado por el sol, la tierra estaba húmeda, latente. Viva.

A veces se detenía de golpe. Corrosivo la insultaba y volvía a caminar con rapidez pese a ir esquivando los muñones astillados y secos ya de las vides muertas, salvajemente cercenadas. Algunas aún se agarraban con desesperación de los alambres. Otras colgaban como grotescos ahorcados impidiendo el paso. Las apartaba de un solo puntapié. Saltaban las hojas marchitas y los granos de uva. Y él se complacía en aplastarlos contra la tierra. Aquellos crujidos lo hacían reír. Lo estremecían gozosamente. Horas pasó así. Bajo sus pies, el suelo se transformaba en una masa viscosa y tenía que tomarse de los alambres para no caer. A veces se apoyaba en el mosquete y con su culata seguía destrozando los granos. Después, al echárselo al hombro, las manos se le

embadurnaban. Y le divertía mirárselas mientras trataba de separar los dedos pegoteados.

Llegó a la hijuela. Pronto sería medianoche. El largo bostezo de la luna se acostaba en las montañas. Lúgubre pasó la risotada de un zorro...

No tuvo mucho que aguardar. Echado sobre el pasto fresco y oloroso de la orilla, se disponía a descansar, cuando los oyó venir. Los oyó de lejos. Y los ojos le relampaguearon. Y de bruces, sin apartarlos de las voces, tanteó en busca del mosquete. El viejo mosquete herrumbrado. Se puso a acariciarlo, mientras le hablaba. Sus incongruencias terminaron de pronto. Y su risotada boba pasó desapercibida en el alboroto que armaron los perros del otro lado de la hijuela. Desde su lugar dominaba las inmediaciones del pie de gallo. Quien fuese hasta allí tenía que pasar frente a él.

Clara era la noche. Y Justo acechaba como una fiera: encrespado, dilatadas las narices, los ojos inmóviles. Como una fiera. Y no cesaba de revolverse sobre el pasto; de afirmar el mosquete contra su pecho huesudo; de reírse, dominado por una alegría morbosa.

Pasaron todavía unos instantes hasta que oyó las voces apagadas y el hipido de los perros. Luego surgió de las sombras la primera figura borrosa. Y detrás otra. Y aunque el presentimiento le gritaba que ésos eran, esperó. Aún esperó, porque le gustaba sentir ese cosquilleo que le crispaba la piel. Vió agacharse a una de ellas. Borrosa. Después a la otra. Y enseguida se irguió alarmado porque desaparecieron. Hubiera podido imaginarse que debían estar de bruces, forcejeando al borde de la hijuela. Pero no podía imaginar. Ni

siquiera percibir la respiración ni los siseos entrecortados, porque el murmurio del agua lo distraía.

De rodillas, apoyado en las manos, Justo trataba de ver, de sorprender otros movimientos. Pero tardó un rato en reaparecer aquella figura. Surgía lentamente, doblada, como empeñada en arrastrar algo muy pesado. La otra no. La otra debía estar tendida sobre el borde del cauce, tratando de ayudarle desde abajo. Pero él no podía imaginárselo. Y esperaba, seguía esperando que saliera.

Tenía deseos sin duda, de seguir disfrutando un poco más. De seguir sintiendo ese hormigueo en las espaldas. Y en la nuca. Puesto que cansado de apoyarse en los brazos tensos, se dejó caer sobre los codos con intención de volver a echarse. Debía tener ganas de seguir mirando. De lo contrario no se hubiese quedado frío, ni le hubiera echado esa mirada al mosquete, cuando se le escapó el tiro. Al echarse de bruces se le escapó. Y reaccionando bruscamente lo arrojó lejos, cuando aún tenía otras cargas para ponerle.

Casi junto con el estampido atronador que llenó la noche de perros resonó aquel grito. Aturdido, Justo no lo oyó. Pero a los otros en cambio, sí. Todavía tenía los ojos fijos en el humo claro que seguía saliendo de la negra boca del mosquete. Y aquel trágico: "¡Juan!... ¡Cuidao Juan!..." Y aquellos desgarradores sollozos de mujer. Y los gemidos quejumbrosos. Y los aullidos de los perros... Pero cuando se levantó, solo le llegó el pesado rumor de unos pasos fugitivos en la noche...

Quedó conturbado, indeciso. Apenas unos segundos. Los necesarios, para que aquel grito, aquel nombre como la-

drido que él seguía repitiendo, terminara de taladrar la espesa niebla que le cerraba el cerebro. Luego, el ademán frenético; la presión desesperada de sus manos sobre las sienes. Y su grito horroroso, su propio baladro corriendo entre los viñedos muertos. Y casi en seguida, de golpe casi, el silencio sepultando aquel grito.

XV

No corrió mucho. No podría haberlo hecho. Algo se le iba desplomando dentro. Y a medida que avanzaba, sus pasos se hacían más flojos. Y la cabeza se le hundía entre los hombros como arrastrada por ese derrumbe interno. Aquello que se le enroscó bruscamente en la pierna, interrumpió la carrera un poco antes. Muy poco. Ya que igual hubiera terminado entre las viñas. Y Justo cayó pesadamente, cacheteando el suelo como un paquete de carne.

Creyó que era la tierra. La conmoción de un rato antes le había remecido el cerebro aletargado. Pero la cerrazón no se aclaraba. Y allá entre sus tinieblas, en el fondo, reconoció que la tierra lo había volteado al fin. Lo que él tanto temía: la tierra rediviva lo había derrotado. La misma tierra que acababa de hacerle matar al hijo. Porque fué ella quien le disparó el tiro. ¡Sí, ella!... Él no quería hacerlo todavía. Deseaba mirar un rato más. Le gustaba ver cómo se movían aquellas sombras. Espiarlas sin que ellas lo supieran. Hubiera podido seguir mirándolas un rato más todavía. Un buen rato. Y casi seguro no hubiese llegado a apretar el gatillo. Porque se habría apercibido a tiempo. Él hubiera descubierto que una de esas sombras era su hijo. Si tan siquiera le hubiera pegado a la otra. La otra debía ser Cuncuna. Esa chinita mugrienta que

lo calentó a Juan de Dios. Si le hubiera dado a ella... Pero aquellos gritos, aquellos quejidos... Y fué la tierra la que le disparó. Ella apretó el gatillo sin que él se diera cuenta a qué hora. La tierra, sí, que lo venía siguiendo al hijo desde hacía tiempo. Lo seguía para matarlo. Para eso lo sedujo y se lo llevó. Y lo terrible era que lo había asesinado con su mosquete, ¡con su propio mosquete!...

Y agitado, con la cara pegada al suelo seco y duro, Justo gemía su dolor casi humano.

La medianoche se había alejado lenta y pesada. Oscuridad de luciérnagas y de grillos. Oscuridad. Y tirado en aquel cementerio de viñas descuartizadas, Justo no quería levantarse. De haberlo intentado, tal vez hubiera podido arrancarse eso que le estrujaba la pierna. ¡Pero no! Él estaba seguro que no podría hacerlo. La tierra, viva aún, lo había derribado, lo tenía sujeto. Y estaba resignado. Ya no podría levantarse.

Sus tinieblas le impedían reconocer que no era la tierra; que era él mismo, él solo quien acababa de derrumbarse. ¡Y no caía doblegado por la lucha, no!... Eso era lo triste. Su propio armazón, su andamiaje terminaba de venirse al suelo, quebrada la voluntad... Esa voluntad que había mantenido en pie, hasta el final, a aquella envoltura de carne quebrantada y sin fe... Como lo habían mantenido antes, meses antes, toda la vida, sus ambiciones, sus mezquinas pasiones, sus egoísmos... Habían sido las únicas tablas con que estaba trabado su esqueleto. Tablas podridas, huecas. Poco a poco fueron cediendo. Y ahora acababa de quebrarse la última, sin un crujido. No fueron los golpes, la desazón, el cansancio

los que terminaron de carcomerla; ni las penurias o las privaciones. Fué nada más que eso: su renuncia a la lucha. Exactamente igual que una renuncia a la vida; al motivo de su vida; al por qué... Aunque vengado, vencedor de la tierra, nunca hubiera podido dejar de pelear... Pelear por algo, por alguien. ¡Pero pelear!...

La vida era una larga lucha inevitable.

Ahora su cansancio comenzaba a ser mortal, definitivo. Tirado en el suelo, una indignación sin ademanes lo asaltaba de a ratos. Y no cesaba de reprochar a la tierra. La reñía echándole en cara su último crimen. Ella había disparado el mosquete... ella acababa de asesinar a su hijo.

De a ratos, se dislocaba bruscamente con las manos hincadas en un muslo, roncando de dolor. Algo le atenaceaba aquella pierna por la que lo tenía la tierra. Continuaba enroscándosele, apretándolo. Y demudado se retorcía. Pero no bajaba las manos a la pierna. Como si temiera tocar algo, alguna víbira... Y no, ¡no era miedo!... No quería defenderse, nada más. No valía la pena. La tierra que él creyó moribunda ya lo había atrapado. No interesaba con qué. Tal vez fuera una víbora. Y en cualquier momento podía sentir el puyazo ponzoñoso. Y desde entonces solo tendría minutos por delante...

La visión de la muerte próxima debió despertarle dormidas nostalgias lejanas. Desde mucho tiempo. Nostalgias de la patria distante, de su vieja Castilla. Porque repentinamente se echó a llorar nombrándola. Le hubiera gustado morir allí. ¡Cuánto! Todos los hombres añoran terminar en la tierra que empezaron. También él. Siempre había deseado volver triun-

fante a su tierra, vencedor. Para gozar, no para morir había deseado volver. Ahora, sin embargo, le hubiese gustado. Habría pedido que lo enterrasen en la colina de los almendros. La colina de los almendros... Debía estar cuajada de flores...

Justo estaba pensando, acaso, en los que morían en su propia tierra, porque de pronto, entre sollozos, lo llamó a *Ayllá*. Comenzó a hablarle. Le hablaba de espaldas a la tierra, con los ojos cerrados.

—Eh, viejo *Ayllá*, ¿vuelves ahora? . . . ¿ahora que me voy? . . . ¡Ya no temes . . . no tienes miedo que te obligue a acuchillar la tierra! . . . Así decías, al clavarle el azadón con los ojos cerrados, para no verla sufrir . . . ¡Todos creyeron que te asesiné! . . . ¡Todos!... ¡Hasta esos indios puercos que se negaron a ayudar, obligándome a hacerte trabajar! . . . Yo no hubiera querido . . . ¡Pero qué hacía yo con dos manos, con mis dos manos solas en este campo maldito! ¡Qué hacía!... Tú no me comprendiste . . . no quisiste comprender . . . y te mataste . . . tú mismo te dejaste morir como aquel *alguará* rabioso que cazaste, ¿lo recuerdas? . . . Tú mismo quisiste morir y me gritaste . . . ¿cómo fué que me gritaste? . . . ¡Ah!... "Matar la tierra *huinca* . . .". *Huinca* ¡sí! . . . ¡Me trataste de *¡huinca!*... ¡Llamarme *huinca* a mí! . . . *Huinca threguа!*... ¡Eso era! . . . "¡Matar la tierra *huinca thregua!** . . . ¡Matar la tierra! . . . ¡Matar la tierra! . . .".
Lo repetiste hasta el cansancio y después . . . después mordiste el suelo como un loco . . . ¡Y te destrozaste los dedos al agarrarlo, al querer abrazarlo como si fuera tu madre! . . .

* Cristiano perro.

¿Qué me quisistes decir? . . . ¿Qué significaban esas palabras. . . Algo muy malo. . . sí, muy malo. . . ¡Porque la tierra los mató a todos. . . a todos! . . . ¡A Juan de Dios también acaba de matarlo! . . ¡A Juan de Dios, y a mí! . . . !Lo ves! . . . ¡lo vez! . . . la tierra.

Los lamentos sacudieron aquel cuerpo abandonado. . .

Arreciaba el viento.

Lóbrega la noche hinchaba el lomo. Palidecían entre tanto las estrellas escasas. Y seguían llegando nubarrones del este. El viento frío que los arrastraba, los truenos, los zarpazos de los refucilos, presagiaban tormenta. Y trasudado, Justo miraba ansiosamente las nubes que llegaban, mientras la sed empezaba a devorarlo. Una sed torturante que parecía habérsele filtrado por los poros desde la misma tierra. Un fuego intenso que lo secaba por dentro, agrietándolo. Cerrados los ojos, comenzó a pedir agua, en voz muy baja, con la monótona insistencia de una gota. El tono fué creciendo. La súplica creció desgarrándole las ropas en su desesperación. Y retorciéndose al fin sobre la tierra, clamaba por agua. Con las manos aferradas al cuello clamaba. Lo hubiese repetido toda la noche, hasta la madrugada, hasta el fin, si aquella ráfaga no le hubiera traído el ulular de los perros *cimarrones*. De sus mismos perros enfurecidos por el hambre. Sus perros. Seguramente habían venteado una presa e iban tras ella. Lejos. Pero aquella piltrafa se sintió atravesada por un escalofrío. Y tras el nuevo aullido, su instinto se sublevó contra eso que le impedía moverse, huir. Después de todo el tiempo que había renunciado a defenderse. Pero ahora sí temía llevarse las

manos al tobillo. Pensaba en la víbora y trepidaba. Y de bruces ahora, tironeaba prendiéndose de las grietas para liberarse. De bruces, muy abiertos los ojos, vió la tierra de cerca. La vió por primera vez. Al resplandor de los relámpagos, aplastada la cara contra el suelo, vió los granos enormes, dilatados; los vió moverse, andar, revolverse impulsados por su propio aliento. Estaba cara a cara con la tierra viva. Y jadeante, hincándole las uñas la increpó:

—¡No has muerto asesina! . . . ¡Andas . . . te mueves... vives! . . . Cómo . . . ¿por qué vives?... ¿por qué? . . .

El polvo reseco lo asfixiaba. Él creía que era la tierra. Y en su deseperación impotente arrancaba terrones con las uñas. Y los estrujaba rabioso. Y mientras veía escaparse por entre sus dedos crispados el terrón deshecho, mascullaba despectivo:

—¡Polvo! . . . ¡Eres polvo! ¡Polvo!... *Polvo eres* y...

Y como si la inesperada evocación de le sentencia bíblica lo hubiera iluminado, se dijo, se gritó mirando el cuenco de su mano lleno de tierra:

—¡Es un puñado tuyo! . . . ¡Tú eres polvo . . . eres tierra! . . . ¡A la tierra la haces tú! . . . mueres y la alimentas . . . La tierra come tus despojos para alimentar otros . . . ¡otros despojos! . . . ¡Eres un despojo! . . . la alimentas muriendo... Y ella te alimenta y no muere . . . ¡no muere! . . .

Y encarándose de nuevo con el suelo, enterrando su cara desorbitada en la tierra, interpelaba vociferante:

—¿Pero entonces cuándo . . . cuándo mueres?... ¿Cuál es tu fin? . . .

Y su propia voz, su eco volvió desde adentro, desde

abajo, apagado, sordo, como si la tierra le hiciese la misma pregunta:

¿Cuál es tu fin?

Como si en esa pregunta estuviera la respuesta.

¿Cuál es tu fin? . . .

Y Justo repetía, desorientado:

—Mi fin. . . mi fin. . .

Y tornó la sentencia inexorable:

"*. . .en polvo te convertirás! . . .*"

Y él repetía:

—En polvo te convertirás. . . En polvo te. . .

Sus pensamientos se cortaron de pronto, estallando:

—¡Entonces todo es polvo. . . todo es tierra! . . . La tierra no muere. . . no nace. . . ¡La tierra es el principio y el fin! . . . Yo soy tierra. . . el hombre es tierra. . . los árboles. . . los perros. . . ¡Todo! . . ¡Todos somos tierra!

Y aquella boca negra y torcida vociferaba greda. Greda espumosa... ¡Tierra!...

El viento volvió a traer el siniestro ulular de los perros. Tal vez ya habían dado alcance a la pobre ternera guacha. Y ahora estarían tratando de arriarla a tarascones hasta sus guaridas. Y la pobre bestia giraría enloquecida dentro de ese círculo de dientes voraces. Se revolvería zarandeando los colgajos de cuero sanguinolento, mugiendo lastimeramente. ¡Pobre bestia! Justo oía bien claro a los perros, pero no había oído un solo mugido ni otro grito. Ningún otro. Y dominado por un miedo incontenible, muy abiertos los ojos, insistió en forcejear prendiéndose a las grietas. Esta vez luchaba con ardor. Con rabiosa desesperación se llevó las manos a las piernas,

pero en seguida las retiró gritando, desencajado el rostro por el temor.

Y se repitieron los aullidos. Muy distantes. Muy débiles. Justo apenas los percibió, aliviado. Pero cuando el nuevo golpe de viento le echó los pelos sobre la cara, su rostro se torció de espanto. Y su alarido atragantado sonó como un graznido. Había cambiado la dirección del viento: soplaba ahora hacia los perros. Ahora el viento le llevaba su olor a los cimarrones; el olor de su propio cuerpo. Y las bestias hambrientas no tardarían en olfatearlo. . .

Años antes, al venir de Buenos Aires, Justo había visto vagar por los cerros de la Punta, las manadas de perros cimarrones. Los había visto acosando a un toruno guampudo. Y el baladro de la bestia en agonía lo había traspasado. Luego los vió de cerca, acechando su propia carreta. Gachas las orejas, híspida la pelambre desteñida, acuosos los ojos, eran salvajemente flacos, sumidos. Hasta sus perros huían de aquellos colmillos agresivos. Por *Ayllá* supo más tarde, que desde la campaña del general Roca los campos habían sido invadidos por montoneras de cimarrones hambrientos. Las mismas perradas de las *tolderías* destruídas, que se habían lanzado al campo azuzadas por el hambre. Y el viejo indio había comentado que eran más temibles que los mismos pumas cebados.

No recordaba todo el tiempo que había dejado pasar sin darle de comer a sus perros. Pero sí, borrosamente, que esa noche, al querer apartarlos a puntapiés, le habían mostrado los dientes amenazadores. Y en medio de su espanto intuía que esos eran sus perros; lo presentía. Sabía que se habían alzado. Que se habían juntado con los perros vagabundos que

rondaban esos sitios. Y ahora eran capaces de atacar; de atacarlo a él... Y por más que gritara, la noche, los truenos, el viento... Por más que gritara nadie podría oírlo. Y paralizado de terror lloraba como un niño. Y en vano persistía en tironear de aquella pierna.

Nuevas ráfagas le echaron el pelo sobre la cara. Y resonaron cercanos los aullidos. Justo los oyó con los dedos clavados en la tierra. Ya estaba seguro: los cimarrones habían olfateado su carne, su carne moribunda, y venían hacia él. Y parecía loco. De otra locura distinta: de miedo, de pavor. Tenía los labios lívidos y la cara perlada. Y aferrado al suelo como al borde de un abismo, fijos los ojos en la noche, hacia los aullidos, Justo gañía, sollozaba, reía. Se revolcaba aterrado como una bestia presa a merced de otra. Luego, sólo oyó su propia respiración anhelante. Por unos segundos no se repitieron los aullidos. Y en el instante en que el hombre comenzaba a esperanzarse, una grita macabra, ululante, estalló en torno. Su propio alarido fué más tremebundo aún. Y cuando aquellas manchas amarillentas comenzaron a rodearlo, Justo sintió que algo tibio y lechoso empezaba a empaparle las nalgas y los muslos. En el suelo, notaba que eso suave y tibio le iba embadurnando la espalda y seguía, seguía derramándose. Él mismo se estaba yendo lentamente... Lo sintió y se dió cuenta. Se apercibió por el hedor. Pero no pudo evitarlo. No podía. Había perdido el dominio de sus músculos. Ya no era dueño de sus deseos...

XVI

Juan de Dios había resuelto no volver más a su casa. Aunque no acertaba a explicarse qué era lo que había pasado aquella noche; no alcanzaba a comprender quién había deseado matarlo. No quería comprender. Porque todos sus razonamientos terminaban donde mismo. Y él se negaba a pensar en el padre. Sin embargo conocía aquel estampido. Lo había oído muchas veces antes. El único que tenía armas de fuego por los alrededores, además, era su padre. Y pese a todas esas verdades aplastantes, el muchacho se resistía a creerlo, a aceptarlo. Estaba seguro, sí, que algo muy raro pasaba en su casa. Y había resuelto no volver más. Por eso le cayó a disgusto el chisme de aquel indio harapiento. Le preocupó mucho. Se dió cuenta que no iba a poder rehuirle a su ansiedad. Más le desagradó que el indio se lo dijera delante de Cuncuna. La pobre recién volvía a la vida. Desganadamente. Y alcanzó a oír aquello de que andaban muchos "jutes pur viñas"... Enseguida sospechó que él pensaba ir allá, y la vida se escapó de su rostro. El muchacho trató de calmarla: prometió no entrar en la casa. Dijo que sólo averiguaría algo. La verdad era que no sabía nada del padre desde bastante tiempo atrás. Desde que ella estaba así, o de antes todavía.

Y no era bueno abandonarlo sabiendo que podía sucederle algo. ¡Eso no era cristiano!...

Cuncuna no le dijo nada, no le reprochó nada, como siempre, pero se quedó llorando.

Juan de Dios no podía obligarla hacia su padre. Sabía que ella lo creía culpable. Pese a todos los argumentos y las razones por él inventados. Lo advertía con sólo mirarla a los ojos sin que nunca le hubiera dicho media palabra. También él en el fondo, desconfiaba. Muy adentro, por más que se negara tenazmente, por más que quisiera seguir creyendo en el padre, desconfiaba...

Cuando por la madrugada llegó a *Las Vizcacheras* llevando en brazos la desnudez sangrante de Cuncuna, arrastrándola, la sangre le mojaba hasta las rodillas. Y el sudor y la rabia y las lágrimas se le amontonaban como costras en la cara.

Cuncuna ya no se quejaba. Respiraba apenas. Todo el camino se había desangrado aunque le taponó el boquerón de la herida con pedazos del vestido sucio.

No creyó que se salvara pese a su carne de perro. La curandera lo dijo. Burlonamente. Como riéndose de su desesperación dijo que los indios tenían la carne de perro. Y un buen rato siguió cuchicheando:

—...¡Carne de perro!... ¡Sí son como carne de perro!

Juan de Dios no entendió. Aunque esa india bruja ni siquiera se lo dijo a él. Lo comentó con sí misma. Chachareaba solo aquel montón de arrugas mientras doblada sobre el cuerpo inerte de Cuncuna le sobaba ungüentos.

Según supo el muchacho, esa *machi* había atendido a

muchos indios baleados en las guerras del desierto. Y a las cansadas sabía morírsele alguno...

Viejísima, compartía el frío y las pulgas con sus perros. Y le cuerpeaba al tiempo escondido entre los *totorales* del arroyo *Tilarirú*. La superstición de los nativos le temía. Evitaban mirarla para no ser ojeados. Pero acudían a ella cuando las pestes vaciaban los ranchos, o *gualicho* se les metía bajo el pellejo. Acudían esperanzados. Y apuntalando sus quejidos en la lisiada muleta de *retamo* se aparecía esa hediondez, ese traperío olor a perros, a grasas rancias y sahumerios. Envuelta en un tierral de tarascones y gañidos, llegaba.

Tres días y noches estuvo sobando a Cuncuna. Pacientemente. Arrinconado, olvidado en la jeta el pucho de *chala*. Juan de Dios se sorprendió de las orejas enormes que le colgaban por debajo del rebozo como aros de *charqui*. No habló con nadie. Parecía ausente. De a ratos largos gorgoteaba algo incomprensible y volvía a enmudecer. Y cuando empezaron a salir las municiones por la boca de la herida, la vieja glogloteó aquellas palabras:

—...¡Carne de perros!...

Como si todo ese tiempo no hubiese pensado en otra cosa.

Él no la oyó. Casi no la oyó, absorto ante los espasmos de la herida que arrojaba municiones entre borboteos sanguinolentos. Pero no fué esa impresión la que lo descompuso, sino el carcajeo de aquella boca de raigones negros y podridos.

Recién a los días Juan de Dios comprendió aquello de la carne de perro. A los muchos días. Cuando a uno de los quince o veinte perros que había en el rancho, *Nahueiquintún*

le rebanó el pedazo de carne agusanada. No lo hizo por curarlo. Ni por matarlo siquiera; porque, ¿quién podía decir si aquellos huesos iban a seguir viviendo?... Tampoco podía ser compasión. O es que había compasión en ellos, sedientos pedazos de madera...

Lo cierto fué que a la semana, el perro andaba con un parche de carne oscura, nueva...

Durante todo el viaje el muchacho se lamentó de que Cuncuna hubiera estado tan débil. Le hubiese gustado que lo acompañara. Pero después, frente a aquel espectáculo horroroso... después se alegraba de que no hubiera ido.

Ya desde lejos lo impresionó la chillería confusa. Y si no hubiera sido por el indio que arremetió a palos, tal vez no se hubiese arrimado. Nunca había visto tantas garras juntas. Lo miraban con ojos embotados. Y alzaban el vuelo, despepitándose, para posarse poco más allá.

Medroso, inerme, el asombro desorbitado de Juan de Dios caminaba tras el indio por entre esa desolación mutilada, hachada. Alevosamente hachada. Parecía distraído, aunque todo él estaba pendiente de aquellas desconcertantes estridencias, y graznidos. Solamente las oleadas nauseabundas de la carne corrompida turbaban su abstracción; y le ponían muecas en la cara. Parecía distraído. Pero su grito afónico le apaleó, le machucó las entrañas, cuando estuvo frente a ese grotesco esqueleto con zapatos.

Le arrebató el palo al indio y se abalanzó sobre los bicharracos. Su dolor, su asco, su rabia, repartían golpes a ciegas,

entre espumarajos y gritos... Desenfrenadamente. Y su asco y su rabia y su dolor se estrellaban contra el suelo levantando terrones y protestas. Y desbarataron, violentamente desbarataron aquel deleznable armazón de huesos.

A saltos lo esquivaban los graznidos y aletazos.

El indio miraba impasible, lejano...

Un tropezón lo hizo rodar al fin sobre aquella desdichada osamenta. Y los traquidos como de ramas secas, el choque contra los huesos hostiles, lo retornaron. Se incorporó de un salto. Descuajeringado, pálido, tembloroso se incorporó. Y toda su cólera, toda su tremenda pena le rebalsó los ojos. Se santiguó lentamente...

El indio seguía imperturbable.

Blanqueaban los huesos al sol, y el tufo. Juan de Dios no lo sentía ya. En vano se había cansado de arrojarles cascotazos e injurias a esas protestas crispantes. Siempre se asentaban más allá. Y se sosegó. Agotada su fuerza y su rabia, se sosegó. Recién entonces, tremante, turbio aún, alcanzó a vislumbrar la tormentosa agonía del padre. La divisó ahí, a sus pies, por entre el guano, los garreos, los arrastrones de los despojos. Ahí, en la tierra arañada, mordida, ferozmente mordida, vió la agonía tormentosa. Y en los dientes negros del cadáver...

La congoja del muchacho no advirtió, en cambio, los rastros borroneados de los perros. El indio salió desde su indiferencia.

—¡Perros!... —dijo, lacónico.

No lo entendió. Pero al divisar las pisadas un resenti-

miento muy grande le agitó el pecho. Miró afligido al indio, indicándole la osamenta.

—¿También?... ¿Los perros?...

—Nó... perros no... perros amigos...

¡Cierto!... Sus huesos tendrían que tener marcas... si hubiese sido atacado por los perros, los huesos tendrían la marca de los colmillos... Cierto... Los perros roen, raspan los huesos... Y esos estaban lisitos, pulidos... Vaciados, pelados estaban... esos huesos... su padre... los huesos...

Seguía el sol sobre la tierra descolorida. Un raro sopor había poseído de pronto a Juan de Dios. Estaba tranquilo ahora. Pero su cerebro confuso daba vueltas vertiginosas buscando el motivo... ¡el por qué!... Y giraba en el vacío como una rueda en el aguazal.

Si hubiese reparado en las viñas masacradas; en la tierra devastada, abrasada, sedienta, tal vez hubiera llegado a sospechar. Tendría que haber sospechado, como aquella tarde en el patio de su casa, que esa era obra de un loco. Un pobre loco. Podría haberse dado cuenta. Pero Juan de Dios sólo era un asombro. Asombro desorbitado para aquellos huesos. Y poco a poco, sus pensamientos tumultuosos se convirtieron en un monólogo airado.

El indio lo miraba en silencio, como desconfiándole. Y cuando el muchacho lo mandó a buscar la *engarilla,* salió a todo escape con las piernas largas del miedo.

Impasible, resignado, Juan de Dios lo siguió con la vista largo trecho. Hasta que se perdió a lo lejos. Después, sus ojos recorrieron ese campo arrasado. Habían quedado árboles

en pie. Maltratados, pero aferrados a la tierra. Por lo tanto, vivían, como algunas cepas. Mucho podía salvarse. Pero mucho había que trabajar. ¿Y para qué? . . . No valía la pena; no. . .. Ni él, ni Cuncuna valían la. . . ¿Y el hijo? . . . ¡Iba a tener un hijo! . . . Sí. . . ¡Cuncuna iba a tener un hijo! . . . Ahora podía traerla. . . ¡en cuanto sanara! . . . ¡Podrían vivir ahí! . . . ¡Esa tierra era suya, esa casa! . . . Y si él se ponía a trabajar. . . tal vez. . . si él se ponía a trabajar, cuando llegara el hijo... Y era fuerte y joven, gracias a Dios...

De pronto desembocó en sus pensamientos, tapado casi por el tierral, el indio. Detrás del tierral que levantaba la perrada. Sólo la cola parecía vivir en aquellos pobres esqueletos escuálidos. Y el hambre. . . Algunos se arrimaron a olisquear la osamenta, lamiéndose tentados. Pero el duro puntapié de un grito los apartó.

. . .y después que volviera de trabajar. . . ¡Pero tenía que empezar en seguida. . . en seguida para que no le faltara nada! . . . Y después que volviera de trabajar al rayo del sol, entre las viñas, ella lo esperaría con el hijo . . .

Y Juan de Dios acomodaba los huesos en la carretilla. Despacio, acomodaba los huesos como sus pensamientos.

. . .hasta que diera la viña podría sembrar granos. . . ¡Todavía era tiempo! . . . Tenía que empezar pronto. . . Tenía que abrir los surcos, emparejar. . . regar. . . Tenía que limpiar bien, antes. . . limpiar la basura. . . tirar toda la basura. . . ¡Iba a tener un hijo! . . .

Y apresuradamente comenzó a tirar los huesos sobre la *engarilla*. De su rostro había desaparecido la angustia, la desorientación. Había desaparecido la adolescencia de su rostro. Y

una firmeza resuelta, una dureza acentuada por el sufrimiento y la esperanza lo atezaban ahora. Apenas si distraía las manos para espantar los moscones y las catangas de entre los restos malolientes. Ni siquiera lo afectaba el chasquido de los huesos al desprenderse del armazón destartalado. Y rápidamente seguía arrojándolos sobre la carretilla.

. . . había que limpiar bien . . . toda la basura . . . Quitar todos los estorbos para poder pasar el arado . . . todos los estorbos . . . en seguida . . . Era joven y fuerte, gracias a Dios... Cuncuna le iba a dar un hijo . . .

Y con los huesos empezó a echar también los troncos y los vástagos y las ramas secas que encontraba.

. . . la basura... toda la basura... ¡Iba a tener un hijo! . . . La tierra le iba a dar un hijo . . .

Desfigurado por el terror, el indio miraba a la distancia.

Lo último que echó en la *engarilla*, repleta ya de huesos y ramas fué aquella pierna . . . La pierna del cadáver caprichosamente enganchada en la profunda horqueta de una cepa...

Después, Juan de Dios empuñó las varas y empezó a empujar la *engarilla* hacia la casa. Al marchar, sus pies estuvieron a punto de aplastar esa tímida brizna de pasto. Verde, tierno, había brotado en el mismo sitio donde estuvo el cadáver. En la misma tierra que Justo creyó matar, el pasto había nacido abonado por la sangre de sus propios despojos . . .

VOCABULARIO

AGUAITAR: Espiar, acechar.
AÑAPA: Masa de algarroba negra. Solía ser alimento único del indio en sus largas marchas.
AYLLÁ: del araucano, "Vale por nueve".
BAGUAL: Alzado, indómito, rebelde.
BOLIAR: Bolear. Cazar con boleadoras.
BOSTIA: Bostea.
CAMOTE: Batata.
CARAJU: Carajo. Exclamación procaz de cólera.
CARRIZAL: Cañaveral.
CATAS: Cotorras.
CIMARRÓN: Bravío, montaraz, salvaje. En particular los perros.
COLIGÜE: Variedad gigantesca y vigorosa de caña con que los araucanos hacían sus lanzas y chuzas.
COMPARTO: Lugar de canales e hijuelas desde donde los regantes se reparten el agua.
COTUDO: de coto. Bocio externo, abultado. Mal endémico de ciertas regiones andinas producido por falta de iodo.
CUCHAPIL: Orejas de chancho.
CUCHAUÉNTRU: Grande hombre, Dios, entre los araucanos.
CUERADA: Cuero de yegua o potro en que los indios preparaban y hacían fermentar sus bebidas.
CUYES: Conejitos de la India.
CHAMPAS: Terrón de raigambres y tierra.
CHAPECAS: Trenzas.
CHESCHE: Caballo de pelo agrisado negro. Muy codiciado entre los nativos.
CHICHA: Bebida alcohólica que los indios hacían de maíz, algarroba o frutas silvestres. Las *machis* conocían el secreto de la fermentación acelerada. Consistía en echarle pedazos de cuero, carne cruda, orines e inmundicias.
CHINA: Mujer del nativo.
CHIÑE: Zorrino.
CHOIQUE: Avestruz.
CHUCHUY: Exclamación de frío intenso.

CHULENGO: Crios del guanaco.
CHUÑA: Ave zancuda, desgarbada y voraz que ataca a sabandijas y reptiles. El nativo cree que su canto anuncia lluvia.
CHUSPA: Bolsita hecha generalmente con el cuero del cogote de *choique*.
D'ENTRE: De entre. Todavía es muy común el apócope impuesto por el uso para evitar la cacofonía: que'stoy, por que estoy; que'l por que el. La tendencia del nativo cuyano a abrir poco la boca torna medio gutural su habla y contribuye a que en gran cantidad de palabras la *e* suene como *i:* lo'i por lo he, sabís, pior; en otras, la *o* como *u:* abandonau, pocu'enojau por poco enojado, lu'emos por lo hemos. Muchas veces convierte la *a* en *i:* estarís, verís. También apocopa estos casos de diptongos: quere, siquera, etc.
Es general la supresión de la *s* y la *h* que suenan como *j* antes de vocales; nojotro por nosotros, ej'el por es el, diaj'ace por días hace, buenoj'ojo, etc.
Por la misma costumbre a articular poco las palabras, la *ll* y la *y* se transforman en *i:* aiegate por allegate, vaia por vaya, eia por ella, ierba, ia, etc.
ENGARILLA: Carretilla.
GARABATALES: Matorrales.
GUADAL: Terreno blanco, movedizo, casi siempre arenoso, húmedo o seco. Es intransitable y a veces peligroso.
GUAGUA: Niño de teta. Niños.
GUALICHAU - ENGUALICHAU: De gualicho. Enfermedad, espíritu malo, fatídico.
GUATA: Panza, vientre.
GUATANA: Lonja de cuero crudo, sobado, blando, con que el indio hacía un bocado que ataba en la quijada inferior del caballo a manera de freno, para no lastimarle o endurecerle la boca. Aún suele usarse.
HUINCA: Cristiano.
IBIÑA: Chimango.
JARILLA, JUME, ALPATACO, etc.: Arbustos de zonas desérticas de Cuyo.
JOTE: Buitre.
LONCODEO: Cabeza de ratón.
LONCOTIAU: De loncoteo, pugilato araucano. Consistía en tironearse brutalmente de los pelos hasta ver quién aguantaba más.
LUÁN: Guanaco.
MACHI: Médico, adivina.
MALOCA - MALOQUIAR: De malón. Asalto sorpresivo y sangriento casi siempre nocturno, que llevaban los araucanos contra los poblados fronterizos cristianos en sus célebres caballos indios. Tuvo origen en las expediciones militares de exterminio que los conquistadores realizaban contra poblaciones indígenas a fin de conseguir esclavos para sus minas y laboreos.
MIADAS: Orines.

NAHUEIQÜINTÚN: Buscador de tigres.
PAY: Madre.
PEÑI: Hermano.
PIALAO: De peal. Con los pies enlazados.
PICHICALQUIN: Pequeña Águila Real.
PICHICIEGO: Pequeño armadillo sobreviviente de un desdentado prehistórico. De ojos rojizos y hábito nocturno, el sol lo enceguece y mata. Se extingue ya por el sur andino de Mendoza. Entre los indios su aparición era un grato anuncio.
PITITORRA: Ruiseñor.
PITRÉN: Tabaco.
POTO: Asentaderas.
POTRANCA: Potrillo.
QUILLATÚN - NGUILLATÚM: Ceremonia religiosa araucana. A campo limpio se imploraba a gritos a Dios, y se bailaba y cantaba en torno a un grupo simbólico formado por muchachos vírgenes de ambos sexos que montaban caballos de un mismo pelo.
QUILLO: Frutita amarilla, silvestre. Majada, aún suele usarse como jabón, para lavar, en el campo.
QUINCHA: Pared de ramas y barro.
QUIRQUINCHO: Peludo, mulita.
REMESA: Tributo que durante años pagó el gobierno argentino a los principales caciques indios para comprar su paz y evitar los terribles malones. Eran costosos envíos de ganados, bebidas, ropas, prendas de lujo.
TATA: Padre.
TOLDO: Vivienda india hecha con cueros.
TOTORA: Junco.
TUNA: Higo de tuna.
TUNDUCO: Especie de ratón de campo.
TUNUYÁN: Tierra de los temblores. Río mendocino de ese nombre.
TRUTRUCA: Corneta larga de caña tacuara forrada en tripa de yeguarizo, con un cuerno en la punta. Se usaba para alarmar a la tribu y salir a malón. Era instrumento sagrado.
VINCHA: Faja de adorno o apretador con que los indios se ceñían la cabeza sujetándose el pelo.
VINCHUCA: Especie de chinche voladora que se refugia en quinchas y techos de los ranchos. Succiona la sangre de sus moradores, con preferencia en los lagrimales, trasmitiendo el mal de Chagas.
YERBIAO: Infusión de yerba mate.
ZAINU: Zaino. Caballo de pelo entre colorado y oscuro.
ZONDA: Viento norte, cálido, arrastrado. Sopla desde los valles de Zonda y Uspallata sobre las provincias de San Juan y Mendoza, Ocasiona trastornos nerviosos.

MATAR LA TIERRA, se terminó de imprimir el día 23 de Agosto de 1956, en los Talleres Gráficos Argentinos. L. J. Rosso, Doblas 955, Buenos Aires, al cuidado de BERTA SOFOVICH.